



pasaré a matarla a las 9

keith luger



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

PASARE A MATARLA A LAS 9

Colección **PUNTO ROJO** n.º 384

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 29.465 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: septiembre, 1969

© KEITH LUGER - 1969
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.129 — El *sheriff* más duro.

En Colección SERVICIO SECRETO:

992 — El asalto más grande de la historia.

En Colección BUFALO:

827 — Ojos de víbora.

En Colección SALVAJE TEXAS:

663 — Tormenta en Río Seco.

En Colección KANSAS:

561 — Erase una vez cinco forajidos.

En Colección BRAVO OESTE:

405 — Una rubia con zarpas.

En Colección PUNTO ROJO:

382 — Crimen en una noche de verano.

En Colección CALIFORNIA:

652 — Larga huida hacia la muerte.

En Colección ASES DEL OESTE:

538 — Tremendo como un obús.

En Colección COLORADO:

610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!

CAPÍTULO PRIMERO

Danielle Duval oyó que llamaban a la puerta de su dormitorio. Se había acostado después de comer.

—Adelante.

Era su doncella Monique, que traía un ramo de flores.

Danielle se levantó del lecho y se puso el batín.

—¿Quién las manda, Monique?

—La tarjeta viene en un sobre cerrado.

—La abriré yo.

—Me imagino que debe ser el señor.

Danielle recordó que Charles, su marido, le mandaba muy pocas flores. En Navidad, pero ahora no era Navidad, el día de su cumpleaños, y tampoco cumplía años aquel día. Ah, y el aniversario de boda, pero también estaba muy lejano porque faltaban seis meses y pico para eso.

—¿Las pongo en un jarrón?

—Sí, Monique.

La doncella dejó las flores en el jarrón del tocador.

—Puedes retirarte.

Monique salió del dormitorio. Entonces Danielle rasgó el sobre donde sólo estaba su nombre.

Había una tarjeta, pero no estaba impresa, sólo manuscrita. En ella leyó: «Pasaré a matarla a las 9».

Danielle frunció el ceño.

¿Qué broma era aquélla? Naturalmente, obra de su esposo. Charles era muy bromista. Pero la mayoría de las veces sus bromas no tenían ninguna gracia. Le habían resultado divertidas cuando le conoció, y también durante los dos primeros años de matrimonio, pero ya hacía seis de eso.

Lo llamaría a la joyería.

Descolgó el auricular y marcó el número.

Oyó la voz de la cajera, la señorita Pigeon.

—Soy la señora Duval, Anne. Quiero hablar con mi esposo.

—Lo siento, señora Duval, pero su esposo salió.

—¿A dónde fue?

—Al hipódromo.

Danielle apretó los dientes. Charles se había ido al hipódromo sin avisarla, y él sabía perfectamente lo que le gustaban a ella las carreras de caballos. Por otra parte, habría sido una magnífica oportunidad para estrenar su vestido y su sombrero.

—Anne, ¿le dijo si volverá a la oficina?

—No, señora; no lo dijo. Pero tiene costumbre de regresar a última hora de la tarde.

Danielle se sintió irritada ante la respuesta de la cajera. Era como si le hubiese dicho: «Oiga, señora Duval, su marido se va muchas veces de picos pardos, pero siempre regresa a última hora, antes del cierre, porque su negocio es una joyería y necesita asegurarse de que todo está en orden».

¿Por qué demonios era tan mal pensada? Anne no había dicho tantas cosas.

Gracias, Anne. Cuando regrese dígame que me llame.

—Sí, señora Duval.

—Gracias.

—No tiene por qué darlas.

Había un poco de retintín en aquella contestación de la cajera. Colgó diciéndose que se había levantado de la cama hipersensible. Eran las consecuencias naturales de dormir la siesta, como le había dicho su doctor. Algunas personas y, ella estaba en el grupo, no podían dormir después de comer porque tal sueño les alteraba el sistema nervioso.

Leyó otra vez el contenido de la tarjeta. «Pasaré a matarla a las 9». ¿Qué nueva tontería se le habría ocurrido a Charles? Tenía maldita la gracia.

Lo que necesitaba era un baño. Primero el agua caliente y luego el agua fría, muy fría.

Así lo hizo y, cuando salió del baño, ya cantaba.

Se sintió con hambre y oprimió el botón para llamar a Monique.

La doncella reapareció al cabo de unos minutos.

—Quiero comer algo ligero, Monique.

—¿Le aso un filete?

—Sí, y tráeme también un vaso con jugo de tomate.

—Sí, señora.

—Ah, Monique, ¿quién trajo las flores?

—Un empleado.

—¿Un empleado de qué?

—De la floristería.

—¿Es que necesitas que te lo arranque todo con preguntas? ¿De qué floristería?

—No lo sé, señora.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Quiero decir que el empleado llevaba el nombre de la floristería en una etiqueta del pecho, pero no me fijé cómo se llamaba.

—Está bien. Ordena en la cocina que me hagan eso pronto.

—Perdone, señora, pero lo tendré que preparar yo misma. Hoy es el día libre de la cocinera.

—Oh, no lo recordaba. De acuerdo, Monique, pero date prisa.

—Sí, señora, me daré toda la que pueda.

La doncella volvió a salir y Danielle encendió un cigarrillo. Miró las rosas. Eran muy bellas, rojas, como la sangre. Sintió un escalofrío. ¿Por qué se le había ocurrido aquella comparación? Rojas como la sangre. Era la costumbre. Pero había otras cosas rojas. No, el baño no le había calmado los nervios.

Tendría que tomarse un comprimido. ¿Y por qué tomarlo? No tenía por qué estar tan fuera de sí. El causante de todo era Charles. El estaría divirtiéndose en las carreras, mirando mujeres hermosas y ella en su dormitorio, como una prisionera. En cuanto pudiese hablar con Charles lo iba a oír. Qué lástima que no estuviese allí ya. Su marido habría sido su mejor desahogo. Sí, Charles le habría valido como todo un tubo de sedantes. El muy granuja se había ido sólo al hipódromo. Se las pagaría.

Consultó el reloj. Eran las cinco y media.

Monique regresó poco después trayendo la bandeja con el filete y el jugo de tomate. Dejó la bandeja en la pequeña mesa que había junto al gran ventanal.

—Señora, está a oscuras.

—Ni me había dado cuenta que se había hecho de noche.

Enciende la luz.

—Sí, señora.

Monique así lo hizo.

—¿Algo más, señora?

—No, gracias.

—Si me necesita, estaré en mi habitación.

Monique volvió a salir.

Danielle bebió el jugo de tomate y comió el filete.

Encendió otro cigarrillo.

¿Por qué no la llamaba Charles?

Era la hora de cerrar.

Se levantó y volvió a marcar el número de la joyería.

Otra vez le contestó Anne.

—Joyería de Charles Duval.

—Soy la señora Duval.

—Oh, señora, lo siento, pero su esposo no regresó del hipódromo.

¿Por qué Anne le repetía lo del hipódromo si ya se lo había anunciado?

—¿Tampoco llamó ahí?

—No, señora. Ya hemos cerrado para el público. Es extraño que su marido no haya vuelto. Le aseguro que siempre está aquí a estas horas.

Danielle sintió un acceso de rabia. También eso Anne lo había dicho con anterioridad.

—No se preocupe, señora. Yo estaré todavía quince minutos más, de modo que, si su esposo llega, le pasaré el aviso.

—Es usted muy amable —contestó ella con los dientes apretados, y colgó bruscamente.

¿Por qué iba a perder la calma? ¿No estaba claro? Charles le había gastado aquella broma con la tarjetita. Ahora lo comprendía todo. Charles no volvería aquella tarde a la joyería, porque si se ponía en contacto con ella, se le acabaría la diversión.

Sí, era otra de sus bromas pesadas. La más repugnante. Amenazarla con la muerte.

Sonrió pensando en lo que le habría dicho su siquiatra, el doctor Masset, si le hubiese contado aquel asunto.

«Señora Duval, su marido sueña con quedarse viudo y su otro yo

le impulsó a mandarle el ramo de rosas rojas con la tarjeta».

¿Diría eso el doctor Masset? Bueno, que dijese lo que le diese la gana. Los siquiатras estaban más locos que el más loco de sus clientes. Aun recordaba aquel día en que vio al doctor Masset con un paraguas bajo un sol abrasador. ¿O quizá Masset no tenía prejuicios y sólo había querido ganarse un trozo de sombra?

De pronto sonó el timbre del teléfono.

Era Charles. Ahora iba a saber quién era ella.

—¿Charles?

—Disculpe, señora Duval. Soy yo otra vez, Anne.

Danielle, que iba a explotar, se contuvo.

—¿Usted, Anne?

—Llamó su esposo, señora Duval.

—¿Desde dónde?

—Desde el hipódromo.

—¿Pero no le dijo usted...?

—Sí, desde luego. Se lo dije, señora Duval. Su esposo me contestó que tenía una importante reunión de negocios y que la llamaría más tarde.

—¿Más tarde?

—Eso dijo. ¿Algo más, señora Duval?

—No, Anne, y perdone las molestias.

—No me ha causado ninguna molestia, señora Duval.

Danielle volvió a dejar el auricular en la horquilla.

Charles se la había jugado. Y de qué forma. Primero yendo al hipódromo sin ella, y ahora negándose a llamarla. El quería seguir la broma.

Se merecía que le correspondiese con otra broma mucho más pesada. ¿Cuál por ejemplo? ¿Coserle las mangas de la chaqueta? No, eso ya se lo había hecho a Charles un amigo suyo, David, un joyero suizo. ¿Ponerse una de aquellas horribles dentaduras postizas para cuando él fuese a besarla, antes de desearse las buenas noches? No, eso haría disminuir su belleza.

Al diablo con las bromas que le pudiese gastar a Charles. Tenía que distraerse con cualquier cosa. ¿Con qué? Decían que la mejor distracción era un libro. Está bien, leería un libro, pero allí no tenía ninguno.

Bajó las escaleras y se metió en la biblioteca.

Miró aterrada los estantes llenos de volúmenes. ¿Cuántos había? ¿Unos mil quinientos? ¿Por qué a la gente le daba por escribir? Todos querían ser inmortales, hasta los que escribían paparruchadas.

No, no leería ningún libro. No necesitaba aprender nada de ellos. Tenía mucho dinero.

Puso en marcha el televisor. Estaban pasando un telefilme americano. Se los sabía de memoria: «Chica en peligro es ayudada por chico quebrantahuesos».

Cambió de canal. Un tipo con gafas de carey estaba hablando sobre la vida de los cocodrilos. ¿Por qué la gente se ocupaba de cosas tan tontas? A ella sólo le gustaban los cocodrilos cuando venían convertidos en bolsos. ¿Por qué no hacían ya los cocodrilos como bolsos? El bolso se juntaba con la bolsa y tenían bolsitos. Qué tontería se le estaba ocurriendo. Ésta era la mayor de todas.

Sin embargo, al cabo de un rato se encontró prestando atención al documental sobre los cocodrilos.

Aquello acabó.

Las siete.

Apareció un locutor dando noticias. En Suez se habían zurrado los judíos y los árabes. A zambombazo limpio.

Eso es lo que necesitaba ella. Un buen cañón para recibir a Charles con obuses. Se imaginó a Charles destrozado con el traje convertido en harapos, revuelto el cabello engomado, con un ojo negro.

«Pero querida, ¿por qué me recibes así?, habría preguntado Charles, y ella le hubiese contestado pegándole un último cañonazo, y luego, del techo, hubiesen bajado dos trocitos de tela. Charles Duval, joyero y bromista,

R. I. P.».

Caramba, aquélla sería una buena broma, pero no podía salir ahora en busca de un cañón. Las armerías estarían cerradas.

Demonios, también se estaban pegando en Vietnam, pero eso no era novedad. Lo de todos los días.

Luego noticias de Francia. Se preparaba una huelga. Otra. El pueblo quería más cosas. Tenía pocas. ¿Qué decía Charles a eso? Ah, sí, que el pueblo seguiría queriendo cosas durante mucho tiempo y, por lo tanto, habría más huelgas.

Las ocho.

Pasaré a matarla a las 9.

No, eso no salía en la televisión, pero casi lo vio en la pantalla.

¿Por qué a las 9? Charles era un sádico. Había querido prolongar su broma todo lo posible. ¿Y en qué clase de reunión estaría? En ninguna, naturalmente.

Bueno, menos mal, ahora estaban pasando un desfile de modas. Aquello era más soportable que cualquier telefilme o reportaje de guerra. La falda seguiría llevándose corta. De acuerdo. Ella no era ninguna chiquilla, pero poseía unas piernas bonitas. Lo decían todos y, para cuando tuviese que cubrir las piernas, se llevaría la falda más larga. Quizá fuese cuestión de cuatro o cinco años.

Se acabó el desfile de modas. Un concierto para instrumentos de cuerda. Dios mío, sólo eso le faltaba. No, no podía soportarlo. Volvió al otro canal. Ahora un telefilme francés: «Chica tontina y cargante en peligro es ayudada por chico *play-boy*».

El chico merecía llevarse a la chica por idiota. Menudo matrimonio formarían los dos. Naturalmente, los chicos nacerían idiotas. ¿Qué otra cosa podrían tener aquellos insensatos?

Sin embargo, lo vio hasta el final.

Las nueve menos cuarto.

Dios mío, había pasado muy aprisa el tiempo.

Pasaré a matarla a las 9.

Se sirvió un poco de *whisky*. Lo bebió de una sola vez y se sirvió más.

Sonó el teléfono y dio un chillido sobresaltada. ¿Por qué estaba así? No había ningún motivo. Apagó el televisor y descolgó.

—¿Sí?

—Hola, querida.

—¡Charles!

—Sí, Charles.

—¿Por qué no me llamaste desde el hipódromo?

—¿No te dio el recado, Anne? No, podía.

—¿Y por qué fuiste al hipódromo?

—Acompañé a un lord inglés.

—¿Ah, sí?

—A lord Sullivan. Me va a comprar un collar de cincuenta mil francos. Como puedes comprender no podía dejar que se me

escapase la oportunidad. Haré un buen negocio.

—¿Y adónde fuiste después?

—A cenar con lord Sullivan.

—¿Por qué no pasaste por mí?

—Perdona, querida, pero lord Sullivan es un tipo raro. Quiero decir que me fue imposible incluirte como invitada.

—Qué amable eres. Y para compensarte, me quisiste gastar la broma.

—¿Qué?

—La broma, Charles.

—¿De qué broma hablas?

—No te hagas el tonto. No tuvo ninguna gracia.

—No te comprendo, Danielle. ¿Qué es lo que no tuvo ninguna gracia?

—Las flores.

—¿Las flores?

—Charles, por favor, no me pongas más nerviosa de lo que estoy. Ya tuve bastante con la tarde que pasé.

—Pero, querida, yo no te mandé ningunas flores.

CAPÍTULO II

Danielle quedó en suspenso.

La biblioteca estaba envuelta en un silencio.

—¡Danielle! —oyó gritar a su marido por el auricular.

—Charles, tú me mandaste unas rosas rojas.

—No, querida, ya te he dicho que no.

—Con una tarjeta, Charles.

—¿Una tarjeta mía?

—No, la tarjeta no es tuya.

—¿Y de quién es? —Charles se echó a reír—. Ya te comprendo, nena. Eres tú la que me quieres embromar. Alguien te envía flores. ¿Quién? Un amante. Danielle, mi coqueta Danielle.

—Charles, yo no me he enviado a mí misma flores. La tarjeta... Dios mío.

—¿Qué pasa con la tarjeta?

—La tarjeta dice algo.

—Ya lo imagino. «Te quiero, Danielle. No puedo vivir sin ti. Dame una cita o me suicido».

—No hagas payasadas. La tarjeta no dice eso.

—¿Ah, no? ¡Y qué es lo que han escrito en ella!

Danielle empezó a tragar saliva.

—Pasaré... a matarla... a las 9.

—¿Cómo?

—Ya te lo he dicho. Pasaré a matarla a las 9.

—Danielle, ¿qué intentas conseguir con eso?

Danielle miró el reloj. Faltaban diez minutos para las nueve.

—Charles, ¿estás muy lejos de casa?

—Sí, a media hora.

—Ven enseguida.

—Pero no puedo.

No, era absurdo lo que estaba pensando. Aquello era cosa de su

marido.

—Charles, por favor. No sigas adelante. Dime que tú me mandaste las rosas rojas y que escribiste la tarjeta.

—No puedo decirte eso porque no sería la verdad. ¡Ya lo tengo! Ha sido uno de nuestros amigos.

—¿Quién?

—No lo sé. He embromado a mucha gente y alguno de ellos quiere jugármela.

Danielle se quedó perpleja. ¿Cómo no lo había pensado antes?

—Claro, eso es —se echó a reír—. Es divertido. Muy divertido.

—Sí, Danielle. Celebro que lo tomes así. Ante una broma; hay que reaccionar de esa forma.

—Ven cuanto antes, a pesar de todo.

—Sí, querida, en una hora estaré ahí.

—Promételo.

—Prometido.

—Hasta luego, Charles.

—Un beso, querida.

Esperó a que él colgase primero para hacerlo ella.

Faltaban cinco minutos para las 9. Ahora no tenía por qué preocuparse. Llamaría a Monique. ¿Para qué? Para nada. Simplemente para que estuviese con ella. Pulsó el timbre.

Pasaron dos minutos y Monique no venía. Volvió a apretar el timbre. Otra vez se ponía nerviosa. Tenía los ojos fijos en las agujas del reloj. El minuterero estaba acercando. Un poco más y llegaría al centro del número doce y entonces empezarían las campanadas de las nueve.

¿Por qué no venía, Monique? ¿No le había dicho que estaría en su dormitorio?

Las nueve.

Sonó la primera campanada, la segunda...

La puerta se abrió a su espalda y se volvió diciendo:

—Por fin estás aquí, Monique.

Pero no era Monique.

Se trataba de un hombre. Sí, ésa era la persona que había entrado en la biblioteca. Un hombre alto, fornido, con abrigo y sombrero negro. Defendía los ojos con gafas de sol y cubría las manos con guantes negros.

—Usted... ¿Quién es usted?

Aquel hombre cerró la puerta y contestó:

—El visitante que esperaba.

—¿Cómo?

—¿Ya me olvidó, señora Duval?

—Pero no entiendo.

—¿Cómo que no entiende? Se lo escribí claramente.

—Pero... no le conozco a usted. ¿Lo oye? No lo conozco. ¡Salga de mi casa ahora mismo!

El hombre no contestó pero a andar hacia ella.

—Eh, ¿qué va a hacer?

El hombre de las gafas oscuras continuó avanzando hacia Danielle.

Ella retrocedió hasta que tropezó con un sillón.

—¡Márchese o llamo a la policía!

—No, usted no la llamará.

—¡Qué quiere!... ¿Qué es lo que intenta hacer?

El hombre estaba llegando junto a Danielle, quien quiso dar un salto para echar a correr hacia la puerta, pero el hombre le interrumpió el camino y, antes de que ella pudiese retroceder de nuevo, la cogió por los brazos.

—No huya de su destino, señora Duval.

—¿De mi Destino? ¿Qué quiere decir?

—Estaba bien claro en la tarjeta.

—Oh, no... Usted fue enviado por alguien... Por un amigo de mi marido... Es una broma... Ande, dígalos... Diga que es una broma.

—No, señora Duval. No lo es.

Las manos enguantadas subieron al cuello de Danielle.

—¡No!

—Silencio, señora Duval. No me gustan los chillidos.

—Está bien. No gritaré, pero déjeme.

El hombre bajó la mano derecha y la metió en el bolsillo.

Danielle creyó que ahora terminaría su pesadilla porque el desconocido aceptaría ser el emisario de alguien que se había querido divertir a su costa.

Sin embargo, se equivocó porque el hombre sacó del bolsillo del abrigo un cuchillo.

Al ver la hoja de acero, Danielle quiso gritar, pero la mano

izquierdo de aquel hombre le apretó la garganta y se lo impidió.

Luego el cuchillo se hundió una, dos, hasta tres veces en el estómago de Danielle.

Charles Duval estaba sentado en el sillón, la cabeza entre las manos.

—Es horrible... Horrible, señor comisario... ¿Quién pudo hacerle una cosa así a Danielle?

El comisario Pierre Martin estaba de pie, frente al viudo.

Unos minutos antes se habían llevado el cadáver de Danielle a la Morgue.

El comisario estaba acompañado por dos inspectores que sacaban huellas del tirador de la puerta, de los muebles.

Pierre Martin dio una chupada al cigarrillo.

—El asesino entró por una ventana, señor Duval. La fracturó de una forma muy hábil, sin necesidad de romper los cristales. No quería molestias, de modo que fue al cuarto de la doncella y la dejó sin conocimiento. Por desgracia, Monique no pudo verlo. Estaba cosiendo en una silla y el asesino entró en su habitación sin hacerse notar. Luego vino aquí a matar a su esposa. Ése es el resumen. Ahora quisiera que me ayudase.

—¿Ayudarle yo? Se lo he contado todo. No sé nada más.

Pierre Martin echó una mirada al jarrón de rosas que había sobre la mesa. La tarjeta estaba al lado.

—Me dijo que no le envió a su esposa esas flores, ni tampoco la tarjeta, y me ha asegurado que no reconoce la letra.

—No, no la he identificado, señor comisario.

—Y Monique no recuerda el nombre de la floristería. De todas formas nosotros lo sabremos muy pronto. Quizá consigamos alguna cosa.

Sonó el teléfono y el comisario se apresuró a descolgar.

—Sí, René... —El comisario escuchó durante algunos instantes—. Ya lo imaginaba... Está bien, René... No hace falta que vengas por aquí. —Martin colgó volviendo junto al señor Duval.

—¿Conoce la floristería Tulipán?

—No.

—¿Nunca encargó flores allí?

—Nunca. ¿Es ésa?

—Sí.

El rostro de Duval cobró interés.

—¿Quién le mandó las flores? ¿Un hombre?

—Sí, un hombre. Vestía abrigo y sombrero negro y usaba gafas de sol. Las manos con guantes negros... Encargó el ramo. Entregó la tarjeta con el sobre cerrado y pagó. Era la primera vez que lo veían... No han sido muy concretos con respecto a la edad. Entre los treinta y cuarenta años. Las facciones normales. Bueno, vieron muy poco de sus facciones. Y hablaba correctamente nuestra lengua.

—¿Es eso todo?

—Sí, señor Duval. Por ahora es lo único que tenemos.

—¿Pero por qué? ¿Por qué?

—Necesariamente tenemos que entrar en el terreno de las preguntas personales. Usted ya sabe, es mi deber.

—Pregunte lo que quiera.

—¿Cuándo se casó con ella?

—Hace siete años.

—¿Dónde la conoció?

—En París.

—¿Tenía su esposa alguna profesión en particular?

—Era licenciada en Ciencias Económicas. Estaba empleada con la firma Inmobiliaria del Sur. Llevaba con ellos dos años.

—¿Fortuna personal?

—No, sólo contaba con su sueldo. Yo soy un hombre rico. Me van bien los negocios. Naturalmente, ella dejó de trabajar.

—Antes de que usted la conociese, su mujer había tenido amigos...

—Los normales.

—Quizá sostuvo relaciones más especiales con algún hombre antes de conocerlo a usted.

—No, no hubo ninguno en especial.

—Fue lo que ella le dijo, naturalmente.

—Sí, pero la creí. Además, señor comisario, ¿qué importancia tiene eso?

—Puede ser importante para nosotros.

—Está bien. Hubo un tal Jean Moreau.

Era el día siguiente del crimen.

El comisario estaba en su despacho.

Charles Duval entró.

—Por favor, siéntese, señor Duval.

—¿Alguna noticia?

—Hemos investigado lo de Jean Moreau.

—¿Y qué?

—Está en la cárcel, por estafa, en Marsella. Hace cinco años que se marchó de París y no regresó. Por esa parte, no hay nada que hacer.

—Ya se lo advertí.

—Sí, señor Duval. Pero nosotros tenemos que hacer todas las comprobaciones.

—Se lo agradezco.

—Usted también ha quedado limpio.

—¿Cómo?

—Lo investigamos a usted. Prefiero decírselo, aunque debió imaginárselo.

—Ya entiendo. Yo pude pagar al asesino. ¿Cómo se le ocurrió algo tan horrible? Oh, no se disculpe. Es su deber.

—Sí, señor Duval, y debo admitir que tuve serias sospechas de usted.

—Entiendo, están enterados de lo de Marie, esa maniquí.

—Sí, una hermosa rubia platino que usted visita los martes y los viernes.

—Un simple capricho. Se lo aseguro. ¿Qué hombre no los tiene? Pero sólo la visito desde hace tres meses. La conocí en una reunión. Yo tengo cuarenta y cinco años y ella veinte.

—No hace falta que se disculpe. Es asunto suyo. Ya le he dicho que no encontramos nada.

—Yo quería a Danielle, señor Martin...

—Puede marcharse.

—Pero ¿qué va a pasar?

—Seguiremos investigando. Le tendremos al corriente.

—Es absurdo. Completamente absurdo.

—Para nosotros el crimen no es un absurdo. Siempre es una consecuencia.

—Pero ¿a consecuencia de qué mataron a Danielle?

—Lo ignoramos, señor Duval. Pero tiene que existir alguna razón.

—No hay ninguna razón. He pensado mucho en ello, señor comisario, y di con la respuesta.

—¿Un loco?

Duval parpadeó confuso.

—¿Usted también lo imaginó?...

—Sí, señor Duval.

—Entonces, está de acuerdo.

—Mire, señor Duval, nosotros tenemos una forma de trabajar. No elegimos a un loco hasta que hemos agotado las posibilidades respecto a las personas supuestamente cuerdas.

Duval se quedó con la boca abierta unos instantes.

—Buenos días, señor Duval.

—Buenos días —dijo el joyero con voz débil.

Salió del despacho del comisario y la puerta no se llegó a cerrar.

El comisario se iba a sentar tras de su mesa cuando oyó una voz.

—¿Necesita ayuda?

Pierre Martin levantó los ojos y frunció el ceño al observar al hombre que le hablaba, un joven de veintiocho años, moreno, con rostro de facciones simpáticas.

—Paul Lefevre.

—En persona. ¿Un autógrafo, señor comisario?

Martin arrugó la nariz como si oliese a podrido.

—Apesta, Lefevre.

—Soy un tipo muy limpio, comisario. Me baño todos los días, y algunas veces hasta dos. Cuando está en juego una mujer...

—¡Basta, Paul! No estoy para chistes verdes.

Paul Lefevre entró en la estancia mientras decía:

—Siempre he dicho que usted es distinto a los demás, jefe. Es en las horas malas cuando más falta hacen los chistes.

—¿Quién está en las horas malas?

—Usted, porque no tiene idea de quién es el asesino de Danielle Duval.

El comisario cerró un ojo y miró a Paul con el otro.

—¿Te vas a encargar tú del caso, Paul?

—Todo lo que huele a misterio es cosa mía.

—Creí que tu periódico te había enviado a California para que hicieses un reportaje sobre el asesino del senador Kennedy.

—Está muy atrasado, jefe. Fui a California, hice el reportaje y ya

estoy aquí. Todo en tres días. Soy un tipo dinámico. Aunque debo decirle algo, jefe. Los policías de California me ayudaron mucho. Qué lástima que en Europa algunos policías no tengan esa idea de la colaboración con los muchachos de la Prensa.

Pierre Martin apretó los dientes.

—Por lo visto, se te contagió el humor americano.

—Es de lo mejor, jefe.

—¡No me llames jefe!

—Allí les llaman así.

—Para ti soy el comisario Pierre Martin.

—Como usted quiera, comisario Pierre Martin —antes de que su oponente pudiese protestar, Paul apoyó la cadera en la mesa y agregó—: Ábrame su pecho.

—No hay nada.

—Me asombra. ¿Nada de nada?

—Nada de nada.

Paul señaló la puerta con la mano.

—¿Sabe que Duval tiene una amiguita?

—La rubia platino, ¿eh?

—Vaya. También usted dio con ella.

—Sí, de vez en cuando, en los ratos libres, nos dedicamos a investigar los casos de asesinato, Lefevre. No, no hay nada que hacer por ese lado. La rubia platino recibe a otros hombres.

—Sí, también sé eso.

—Y no creo que el marido contratase a un asesino para provocar su viudez. Era un matrimonio normal. Ninguna disputa seria. Y él es un hombre rico. Quiero decir que los Duval disfrutaban el dinero que él producía. Ella no tenía nada. Si al menos la víctima hubiese sido él, habríamos tenido dónde hincar el diente.

—Eh, jefe, eso lo dicen los americanos.

—¿Eh?

—Hincar el diente. Al parecer, ve demasiados telefilmes, comisario.

—¿Ya acabaste la payasada, Paul? Tengo jaqueca y un nuevo chiste me podría producir una hemorragia.

—¿Qué escribo para «Le Matin», jefe?

—Un crucigrama.

—Buena idea. Pondremos en medio del crucigrama una

fotografía con el cuerpo apuñalado de Danielle Duval... Demonios, jefe, cada vez me gusta más.

—No hablaba en serio.

—Pero yo sí.

—Di lo de siempre —rezongó Martin—, que esperamos hacer una detención de un momento a otro.

—Pero esta vez no sería verdad, jefe.

—Quizá las cosas cambien.

Sin embargo, no cambiaron. Ni al día siguiente, ni a los tres días, ni a los diez, ni a los diecinueve...

Pero al vigésimo día...

CAPÍTULO III

—Yvette, te juro que en mi vida no hay otra mujer —exclamó Jules Noissier.

Su esposa apretó los puños.

—Me va a dar un ataque de rabia. ¿Crees que soy idiota?

—¿Cómo quieres que te lo diga?

—Tú me engañas, Jules.

—No, Yvette, te aseguro que no.

—¿Cómo es ella?

—¿Quién?

—No te hagas el loco. Ella, tu amiguita.

—Tengo muchas amigas, pero ninguna es amiguita.

—Menos mal que lo reconoces. Conque son muchas, ¿eh?

—Quiero decir que son amigas de verdad porque también lo son tuyas. No tengo otra clase de amigas.

—Volviste a las dos de la mañana.

—Tenía que hacer un seguro muy importante.

—Claro, tenías que asegurarte de que ella te amaba.

—Oh, no, Yvette, fue una cena de negocios y luego nos entretuvimos en un club nocturno. Ya te he dicho que él es de Burdeos; uno de los más importantes cosecheros de vinos. No está satisfecho con la póliza de seguro que tiene. Lo supe por nuestro agente de Burdeos y él me avisó que el señor Marchal venía a París por dos días. Tenía que aprovecharlos. Y te aseguro que no perdí el tiempo, porque el señor Marchal está a punto de caer.

—¡Mentira!

—¿Eh?

—Sucia mentira.

—Cariño, tengo que marcharme. Son las cinco de la tarde y he citado al señor Marchal para las seis.

—Así que vuelves con ella.

—No, Yvette, no hay ninguna ella. Es sólo un cliente de Burdeos. Mira, cariño, ¿por qué no das una vuelta? Procuraré venir esta noche temprano y nos iremos por ahí. Una pequeña juerguecita.

—Ah, ¿sí? Claro, para mí una pequeña juerguecita y para ella las grandes.

—Te prometo que la tuya será grande.

—Luego admites que te corres otras juergas.

—No, no he admitido nada. Por favor, Yvette, no puedo entretenerme más. Un besito.

—Trata de besarme y te rompo la crisma, bígamo.

—Está bien, te lo daré después.

—No, rico, tú a mí no me vuelves a besar. ¡Guarda todos tus besos para ella!

—No puedo guardarlos.

—Entonces puedes besar a tu tía.

Jules fue a protestar, pero consultó el reloj.

—Hasta luego, querida.

Se apresuró a salir de la habitación al ver que Yvette le iba a soltar otro improperio.

La señora Noissier se acercó a la ventana y vio cómo su marido se iba en el coche.

Otra vez a solas. ¿Por qué se habían ido a vivir allí, a las afueras de París? Sí, era una hermosa casa y muchas de sus amistades les envidiaban, pero ella se aburría mortalmente entre aquellas paredes, y no le entretenía el jardín. A Jules le gustaban mucho las flores y los días libres se dedicaba a cuidar los setos, a plantar, a podar, injertar, abonar...

¿Por qué no salía a dar una vuelta como había dicho Jules? Su coche estaba en el garaje. Sólo tenía que ponerlo en marcha y largarse a París. Pero una vez allí, ¿qué haría? ¿Meterse en un cine? ¿En un teatro? No, no estaba de humor para eso.

Llamaría a Brigitte. Sí, con ella sería distinto. Brigitte era muy divertida. Merendarían juntas.

Marcó el número.

—¿Brigitte?... Soy Yvette.

—Hola, Yvette.

—Te llamaba por si querías que saliésemos.

—No puedo. Estoy enferma. Otra vez este maldito cólico.

—Vaya.

—Es horrible...

—Te dijeron que te operases, Brigitte. Ya podrías estar perfectamente, sin esas piedras en la vesícula.

—Qué monina eres. Todos me decís lo mismo. ¿Por qué no te operas? ¡Pero soy yo quien se tiene que acostar en el quirófano!

—Dicen que es una operación sin importancia.

—No la tiene para el que no la sufre. ¡Soy la víctima en este caso y tiene importancia para mí!

—¿Está contigo Robert?

—No, se marchó a Berna. Un negocio inesperado.

—¿Y quién hay contigo?

—La doncella.

—¿Quieres que vaya a tu casa?

—No. No quiero que te molestes por mí.

—Te aseguro que no tengo nada que hacer. Además, peleé con Jules.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué?

—Creo que me engaña.

—Como todos.

—¿Qué decías?

—Nada, nada... No lo tomes en serio, Yvette.

—¿Cómo no lo voy a tomar en serio?

—Porque es la única forma de conservarlos a nuestro lado. Hay que saber hacerse la ciega. Nuestros maridos están en una edad peligrosa. Los cuarenta y cinco años.

—Jules no tiene cuarenta y cinco años. Sólo treinta y nueve.

—¿Qué más da seis años menos? Anda, dime, ¿cuánto tiempo lleváis casados?

—Siete años.

—Es el tiempo justo.

—¿Qué tiempo justo?

—El que necesita un marido para empezar a hacer de las suyas, para desear otros verdes pastos.

—De modo que existe una marca de tiempo, como en atletismo.

—Sí, querida, y tu marido es completamente normal. Porque hay otros que traicionan a los pocos días. Te lo aseguro yo que me tocó uno de éstos.

—No me digas.

—Sí, Yvette. Robert me la pegó mientras pasábamos la luna de miel.

—¡Increíble!

—No soy la única mujer a la que le ha pasado. Ni seré la última.

—Tal como lo cuentas, debo estar satisfecha de que mi marido me engañe ahora con otra.

—Tanto como eso... Pero has de tener sicología. Ellos son unos pobrecitos imbéciles. Ni más ni menos, Yvette. Pero se creen muy listos. Ellos piensan que son tan monos como Paul Newman, tan audaces como el 007, el Connery ese, tan inteligentes como Richard Burton... Y nosotras tenemos que permitir que se lo crean.

—Brigitte, eres corrosiva.

—Realista, cariño. Eso es lo que soy... ¡Ay!

—¿Qué te pasa?

—Mi cólico otra vez.

—Perdona, Brigitte. Te estoy fastidiando.

—Mira, llámame dentro de un rato, ¿quieres?

—De acuerdo. Que te mejores, Brigitte.

—Gracias, muchacha, y deja ya de pensar en una rival. Si existe, mejor para ti.

—¿Mejor?

—Sí, mujer, sácale a tu marido un collar de perlas. Cuando ellos tienen una aventura, resultan más fáciles de convencer. Hasta el más tacaño se vuelve generoso. Es la forma que ellos tienen de autocastigarse. Hasta luego, querida.

Yvette colgó y, tras encender un cigarrillo, se dedicó a pensar en todo lo que le había dicho Brigitte.

Eran las seis cuando sonó el timbre de la puerta.

Acudió a abrir.

En el hueco vio a un empleado de una floristería. Tenía en la mano un ramo de rosas rojas.

—¿La señora Noissier?

—Sí.

—Para usted.

El primer impulso de Yvette fue decir: «Llévese esas flores. Ya sé quién me las manda. El Barba Azul de mi marido». Pero vio el rostro sonrosado del muchacho y se dijo que sería demasiado

violento para él devolverle el ramo.

Lo aceptó y le dio una propina de dos francos.

—Gracias, señora.

Cuando el muchacho se hubo marchado, Yvette puso las rosas en un jarrón. Allí, entre las rosas, había un sobrecito cerrado. Lo cogió y lo hizo pedazos, arrojándolos al suelo.

¿Qué se habría creído Jules? ¿Que la iba a convencer con un simple ramo de rosas rojas? Brigitte le había hablado de un collar de perlas y, por lo visto, Jules no era tan generoso como otros maridos cuando caían en poder de una, amiguita. Eso la sublevó.

Se puso a pasear por la habitación. Llamaría a Jules a la oficina para darle las gracias por su ramo de rosas. Pero se las daría de una forma muy especial. A grito pelado.

Marcó el número y a la otra parte le llegó el zumbido de la señal, dos veces, cuatro, seis. Nadie cogía el auricular. Claro, los empleados de la oficina de su esposo se habían marchado, pero Jules tampoco estaba allí porque, supuestamente, estaría haciendo compañía al cliente de Burdeos, al cosechero de vinos. Pero el muy canalla estaría con la otra. Seguro.

Colgó de golpe, furiosa.

Ya no podía quedarse en casa. Daría un paseo por los alrededores, y quizá a su vuelta también estuviese de regreso Jules. Se arregló ante el espejo del cuarto de baño, se puso un abrigo y salió de la casa.

Allá, en un rincón del vestíbulo, quedaron los trozos de la tarjeta y uno de ellos al caer se había vuelto y en él se leía: «matarla a las 9».

CAPÍTULO IV

Eran las siete y media. Yvette se había cansado de dar vueltas con el coche.

Le quedaba poca gasolina y llevó el coche a una estación de servicio.

Después de cargar el tanque titubeó. Allí había un bar. Podía irse a su casa y beber algo, pero pensó que en el bar estaría más entretenida. Estacionó el coche y entró en el establecimiento.

Había algunos clientes. Dos jóvenes se apoyaban en la máquina tocadiscos.

Estaba en marcha una pieza moderna. Los músicos chillaban a pleno pulmón mientras hacían todo el ruido posible con sus instrumentos. Pero resultaba reconfortante.

Yvette se sentó en un taburete.

Un hombre gordo se le acercó por el otro lado.

—¿Qué va a tomar?

—Un cuba libre.

—¿Ron o ginebra?

Yvette se encogió de hombros.

—Bueno, que sea ginebra.

El hombre gordo le sirvió el cuba libre y un platito con cuatro avellanas.

Dos camioneros entraron haciendo mucho ruido.

—El *rugby* es una porquería. Te lo digo yo, Marcel.

—¿Tú qué sabes, Denis?

—Mucho más que tú de todo.

—¿De todo?

—Sí, de todo, y por tanto queda incluido el *rugby*.

Se sentaron a la izquierda de Yvette y el llamado Denis reparó en ella.

Era un tipo fuerte de unos treinta años.

—Déjame de *rugby* ahora, Marcel.

—¿Qué te pasa? ¿Ya no quieres discutir?

—No, no quiero discutir porque hay cosas más importantes en el mundo.

—¿Y qué es más importante?

—Una mujer bonita.

Al tiempo que así hablaba, Denis no dejaba de admirar la figura de Yvette.

Marcel tubo que inclinarse hacia el mostrador para ver lo que estaba observando su compañero.

—Demonios, tienes razón.

—Tú a tu *rugby*, Marcel. Esto es sólo para solteros.

Yvette bebió un trago de su cuba libre. Se sentía halagada. Estaba oyendo a Denis. Ahora tendría que verla Jules. Aquel hombre fuerte y guapo se fijaba en ella y le importaba mucho más que discutir con su compañero de *rugby*.

Se puso un cigarrillo en los labios y buscó el encendedor. Entonces una mano le ofreció la llama de un fósforo. Era Denis. Ella encendió con la llama.

—Gracias.

—No hay de qué, preciosa... ¿Lo ves, Marcel? Tú decías que estábamos en nuestro día de mala suerte porque pinchamos dos veces, pero te dije que hoy sería un día bueno. De lo mejor.

Yvette miró la cara de Denis y él le sonrió.

Ella cogió su cuba libre y se fue hacia una mesa, ante la que se sentó.

Denis no se hizo esperar.

—Está muy sola. ¿Puedo hacerle compañía?

—No.

—¿Por qué no? No me la voy a comer.

—¿Y por qué quiere hacerme compañía?

—¿Por qué va a ser? Usted me gustó. La invito.

—Ya estoy bebiendo.

—Pero puede beber un poco más. Eso siempre alegra.

Yvette bebió de un trago lo que le quedaba del cuba libre y dijo:

—Está bien. Le aceptaré su invitación.

—Así se habla, preciosa.

Yvette se preguntó por qué había aceptado la invitación de

Denis. ¿Era la forma de corresponder a Jules? ¿No la engañaba él?

El propio Denis le puso delante otro cuba libre.

—Le traje otro de lo mismo, linda.

—Muy amable.

El otro camionero pagó lo que había tomado y salió.

—Eh, su compañero se va —dijo Yvette.

—Ya lo sé.

—¿No se va usted con él?

—Me reuniré con él más tarde, en París.

—¿Y eso lo hace por mí?

—Por usted.

—Qué tontería. No va a sacar nada.

Denis se sentó en una silla, frente a Yvette y otra vez le sonrió mostrándole unos dientes parejos, muy blancos. Poseía un rostro viril y, cuando sonreía, se le formaban hoyos en las mejillas.

—¿Cómo te llamas? —La tuteó él.

—Jacqueline.

Yvette se asombró. ¿Por qué le había dicho un nombre falso? Demonios, eso era como aceptar la aventura. ¿Y por qué no? Aquel hombre era atractivo desde cualquier punto que se le mirase. No, desde luego no parecía muy educado, pero, caramba, no se podía pedir más.

—Eres muy hermosa, Jacqueline...

—Vulgarcita, sólo vulgarcita.

—Oh, no, de ninguna manera. Lo eres. Te lo digo yo. Entiendo de mujeres, ¿sabes? Estás muy bien presentada.

—Bueno, no me falta nada.

—Eso está a la vista.

—Quería decir que tengo dos brazos, dos piernas...

—Y qué dos piernas. Todos tus pares están muy bien puestos.

—¿Mis pares?

—El par de ojos, el par de labios, el par de...

—No siga.

Hubo un silencio.

—¿Qué bebe? —preguntó ella por preguntar algo.

—Lo mismo que tú. Oye, deja de tratarme de usted. ¿Sabes una cosa? Es como si te hubiese conocido desde hace muchos años.

—¿De veras?

—Te lo aseguro. Es como si hubiese visto tu cara muchas veces, y como si hubiese estado hablando contigo todos los días.

Yvette bebió un largo trago. Se sentía un poco mareada. Pero era feliz.

Denis acercó su silla a la de ella.

—Sé leer en las manos —dijo, y con la mayor naturalidad cogió la diestra de Yvette.

—Qué emocionante.

—Te leeré la tuya, Jacqueline.

—Bueno.

Denis observó la palma de la mano de Yvette.

—Una vida larga... Demonios.

—¿Qué pasa?

—No eres feliz.

—¿Por qué no lo soy?

—Tu marido no te comprende.

—Ah, ¿no?, ¿y por qué no me comprende?

—Por lo de siempre. Aquí veo una interferencia. Mujeres. Eso es. En la vida de tu marido hay otras mujeres.

Ivette dio un tirón.

—Eh, ¿por qué haces eso? —protestó Denis—. Debo continuar leyendo.

—Ya basta.

—Es una lástima, pero, si no quieres que te siga leyendo la mano, es asunto tuyo.

Yvette bebió un nuevo trago.

La máquina tocadiscos continuaba esparciendo aquella música chillona. Era otra pieza, pero parecía la misma que la primera y que la segunda. Todas iguales.

—Jacqueline.

—¿Sí?

—Tu marido debía ser colgado. Sí, nena. Eso es lo que yo haría con él. Abandonar a una muchacha como tú. ¿Pero en qué lado tiene los ojos?

Yvette estaba más mareada que antes, pero eso era lógico porque había continuado bebiendo.

Denis se inclinó sobre ella.

—Jacqueline —le habló susurrante—, tú mereces ser feliz.

—Eres un muchacho muy simpático.

—¿Verdad que sí?

—Lo eres, Denis, lo eres... Anda, sonríe.

—¿Por qué?

—Porque quiero verte los hoyuelos.

Denis sonrió y ella también lo hizo.

—Denis, tienes unos hoyuelos muy monos.

—Celebro que te gusten... Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Continuar esta conversación en otro sitio.

—¿Eh?

—Verás, aquí hay reservados... Podemos estar tú y yo solitos, sin que nadie nos moleste.

Yvette se puso en pie.

—Lárgate con tu camión —exclamó.

—¿Qué dices, Jacqueline? No me hagas esto... Eh, no te vayas.

Jacqueline pagó el primer cuba libre y se dirigió hacia la puerta.

Denis la alcanzó en el camino cogiéndola del brazo.

—Espera, Jacqueline.

—Vuelve con tu amigo Marcel para seguir hablando de *rugby*.

Yvette dio un tirón y se desasíó de la mano de Denis.

—¿Pero quién te has creído que eres? —Oyó a Denis mientras salía.

Fue al estacionamiento y puso en marcha su auto.

Denis estaba en la puerta del bar.

—¿Qué hago yo ahora, Jacqueline? Tengo que ir a París.

—¡Auto-stop, Denis!... ¡Auto-stop! —le contestó Ivette riendo.

Se sentía mucho mejor, aunque seguía mareada. Recordó toda la escena con Denis y rió. El rió. El muchachote fuerte y con hoyuelos en las mejillas se había quedado con ganas de pasar un buen rato con ella. Se lo tenía merecido por vanidoso.

Dejó el auto en la cochera y entró en la casa.

Eran las ocho y media.

Vio los trocitos de papel en el suelo. Ya había olvidado el ramo de rosas rojas. Fue a olerías y le gustó su fragancia.

Jules llegaría de un momento a otro. Ya debería estar allí, pero aquel maldito cosechero de vinos no debía ser presa fácil. Bueno, el cosechero de vinos, o la otra. De nuevo empezaba.

Era horrible sentirse celosa.

Se dirigió al fondo de la estancia, donde estaban los trozos de la tarjeta. Se puso en cuclillas y los recogió. Con ellos en la mano se acercó a la mesa. Estaba interesada en saber lo que le había escrito Jules. Sería algo así como: «Amor mío, sólo te quiero a ti». O quizá hubiese escrito: «Yvette, te quiero y te querré siempre».

Saldría de dudas.

Reunió los trozos de la tarjeta y leyó: «Pasaré a matarla a las 9».

No, no había leído bien. Estaba bajo los efectos de los dos cuba libre. Jules le decía continuamente que no debía beber mucho porque el alcohol la afectaba rápidamente.

Leyó otra vez, pero las palabras siguieron siendo las mismas: «Pasaré a matarla a las 9».

Miró el reloj. Eran las nueve menos cuarto.

Se dejó caer en un sillón. Qué tontería aquélla. ¿Por qué Jules le habría escrito aquella frase?

No entendía nada.

No, aquello no podía ser obra de Jules.

Se levantó. Tenía que tomar una ducha fría. Entonces vería las cosas de otra forma. Todo aquello no existía más que en su mente.

Entró en el baño tambaleándose y se quitó la ropa con torpeza.

Dejó correr el agua fría y enseguida dió la vuelta a la llave de la caliente.

Empezó a sentirse mejor. ¿El ramo de rosas? ¿La tarjeta? ¿El camionero? ¿Los hoyuelos en las mejillas? Pero ¿qué estaba pensando?

El reloj empezó a dar las campanadas de las nueve.

«Pasaré a matarla a...»

Oyó que la puerta de la casa se abría.

—¿Jules?

Por fin estaba allí.

Salió de la ducha y se cubrió con el albornoz.

—Jules, estoy en el cuarto de baño.

El no debía darse cuenta de que había bebido. A Jules no le gustaba eso.

La puerta del cuarto de baño se abrió.

Yvette estaba sonriendo, pero al instante quedó seria y sobrecogida.

En el hueco de la puerta había un hombre y no era Jules. Se cubría con abrigo y sombrero negros, gafas oscuras, guantes igualmente negros...

—¿Quién es usted?

El no le contestó y entró en el cuarto de baño.

Yvette retrocedió unos pasos.

—¿Quién es usted? —repitió.

—¿No lo sabe?

—Claro que no lo sé.

—Le mandé rosas.

—¿Eh?

—Rosas rojas.

—¿Usted?

—Sí, yo, y con las rosas rojas iba un mensaje.

—Espere... No comprendo... Mi marido está a punto de llegar...

Salga.

Pero siguió inmóvil.

—Oiga —tartamudeó Yvette—, usted es un admirador mío, ¿verdad? Me vio por ahí y yo le gusté, como al camionero... Perdona, no sé lo que digo... Pero no puedo quedarme un minuto más.

El hombre echó a andar hacia ella.

—¿Qué va a hacer? —exclamó Yvette.

El no le contestó y siguió andando.

Yvette golpeó la espalda contra la pared.

—¡Quieto! ¡No de un paso más!

Sin embargo, él se echó sobre ella y levantó las manos enguantadas y las puso en el cuello femenino.

—¡No! —gritó Yvette.

Ahora la mano derecha del hombre descendió para desaparecer en el bolsillo del abrigo. Y la sacó enseguida empuñando un cuchillo.

Los ojos de Yvette se desorbitaron.

—¡No!... ¡No!...

El cuchillo se hundió tres veces en el cuerpo de Yvette.

CAPÍTULO V

Jules Noissier lloraba desconsoladamente como un niño.

—Yo tengo la culpa... Yo... Y ese maldito cosechero de vinos de Burdeos. ¿Por qué infiernos no se quedó en su ciudad?

El comisario Martin fumaba un cigarrillo. Dejaba hablar a Jules. Ésa era su norma. Mientras el marido no se desahogase, no podría contestar a sus preguntas. Era la experiencia. Y una voz interior decía que debía echar mano a toda su experiencia si quería resolver aquel caso. ¿O debería llamarlo casos? No, de ninguna forma, la letra de la tarjeta había sido escrita por la misma mano.

—¿Un sádico?

Eso era tanto como admitir que el asesino estaba loco. No, no era el camino ortodoxo. Había demasiadas personas cuerdas, o al menos, en la llamada civilización, eran consideradas como tales.

Bien, el marido llevaba más de media hora repitiendo lo mismo. Había que trabajar.

—¿Señor Noissier?

—Dígame, señor comisario.

—Le he oído que llevaban casados siete años.

—Sí.

—¿Cuándo conoció a su mujer?

—Un año antes de casarnos.

—¿Qué hacía ella?

—Vendía libros.

—¿En algún establecimiento?

—No, a domicilio.

—¿Qué clase de libros?

—Económicos, empresariales, tributarios...

—¿Por cuenta de quién?

—La casa Monix. Se dedican a eso. Yvette tenía un sueldo y una comisión. Llevaba tres años con ellos... —Los ojos de Jules se

perdieron en la pared de enfrente—. Yvette estaba satisfecha. Para ella era distraído. Y un día entró en mi apartamento. No aquí. Esta casa la compramos después de casados. Yvette me mostró algunos libros que sacó de su cartera y nos pusimos a hablar y hablar. Le hice una buena compra y conseguí algo más, que aceptase una invitación para ir al teatro... Así empezó todo.

—¿Tenía enemigos su mujer?

—Oh, no, de ninguna forma. Nadie podía ser enemigo de Yvette. Era una mujer maravillosa.

—Algún hombre quedaría contrariado por haberlo elegido ella a usted...

—Había uno que se quería casar con ella. Pero usted no puede sospechar de él.

—¿Por qué no?

—Porque era una buena persona.

—Nosotros investigamos a las buenas y a las malas personas, señor Noissier. ¿Quién es?

—Leonce Page. Aunque le aseguro que va a perder el tiempo. Está casado y tiene cuatro hijos. Alguna vez hemos salido junto los dos matrimonios...

—¿Y qué profesión tenía el señor Page?

—También estaba empleado con la casa Monix.

—¿Vendedor?

—No, estaba en el departamento de contabilidad y todavía continúa en la empresa. Bueno, mis últimas noticias son de hace seis meses, el último cumpleaños de Yvette. Los Page vinieron a la fiesta...

Otra vez Jules escondió la cara entre las manos y se puso a sollozar.

—¿Se puede, comisario?

Alguien había abierto la puerta sin llamar.

El comisario vio a su visitante y rezongó:

—El inevitable Paul Lefevre. ¿Es que no descansas? Beberías estar durmiendo.

—Jefe, un periodista no duerme de noche.

—¿Y cuándo duermes tú, si tampoco lo haces de día?

—Le explicaré mi procedimiento. Verá, durante uno de mis viajes a la India, mi avión cayó en una región del Tibet... Fue

sorprendente. No estaba en el mapa. Y de pronto surgieron cuatro hombres con la cabeza rapada, con hábito de monje...

Pierre Martin se había quedado con la boca abierta, pero reaccionó pegando una dentellada en el aire.

—¡Basta, Paul, no consiento que me tomes el pelo!

—Perdone, jefe, yo sólo quería darle una idea de mis poderes.

—¿Por qué no me das el nombre del asesino si son tan grandes?

—Los tengo, jefe, los tengo, pero he de contar con algunos datos.

—Tú y tus malditas bromas.

—Usted sabe que hay que realizar un trabajo de investigación para encontrar las piezas del rompecabezas. Luego se juntan y se tiene la solución.

—Qué sencillo, ¿eh?

—Lo que pasa es que usted está amargado. Pero le voy a demostrar mi buena voluntad.

—Demuéstralo saliendo de aquí.

—¿De verdad no quiere mi ayuda?

El comisario explotó.

—¡Suéltalo de una vez! ¿Qué es lo que tienes?

Paul sacó una fotografía del bolsillo, que arrojó sobre la mesa de Martin.

—¿Qué es eso, Paul?

—Mírelo y lo sabrá.

La fotografía no estaba completa sino rota, y por el tamaño del trozo que quedaba debía ser la mitad.

Se veía a dos mujeres.

—Examínelas bien, jefe.

—Demonios, esta de la izquierda parece la señora Noissier.

—Exacto, pero fíjese en la otra.

—¡Esto no puede ser! ¡La señora Duval!...

—Premio, jefe. La señora Noissier y la señora Duval. Las dos juntitas. ¿Qué edad les calcula en el momento de la fotografía?

—Unos diez años menos que cuando fueron muertas.

—Sí, ése es mi cálculo, jefe. Esa fotografía fue tomada hace una década.

—¿Dónde la conseguiste?

—Entre los poderes que me concedieron aquellos monjes del Tibet...

—¡Dije que basta con eso!

En aquel momento sonó el teléfono.

—Comisario Martin... ¿Quién llama?

—Señor comisario, soy Jules Noissier... Ha ocurrido algo.

—¿A qué se refiere?

—Cuando ustedes se marcharon yo no podía estar en casa y salí a dar una vuelta para tomar el aire. Y cuando volví...

—¿Qué pasó?

—Alguien había entrado durante mi ausencia. Revolvió los cajones, las maletas, todo...

El comisario cubrió el micro con la mano y alzó los ojos.

Paul Lefevre fumaba un cigarrillo mirando al techo.

—Dime, Paul, entre los poderes que te concedieron los monjes del Tibet, ¿uno de ellos fue el de asaltar las casas ajenas?

Paul se inclinó sobre la mesa y habló confidencialmente.

—De usted para mí, jefe. Fue uno de ellos.

—Debería meterte en una celda, ladrón de fotografías —apartó la mano del micro—. Señor Noissier, ¿echó usted algo de menos?

—No, bueno, la verdad es que todavía no he mirado muy bien. Hay un álbum de fotografías que pertenecía a Yvette. Ya sabe, una de esas colecciones que empieza con ella recién nacida. Tenía otras fotos en sobres y muchas fotografías han sido esparcidas por la cama... ¿Quiere decir esto que el asesino volvió?

—No, señor Noissier. El asesino no volvió. Puede estar tranquilo. Le debo una explicación. Fue un manazas.

—¿Cómo?

—Uno de mis inspectores. Lo mandé a la casa precisamente para que usted le mostrase fotografías de su mujer y, como usted no estaba, el muchacho, que es un recién llegado, cometió la torpeza. Discúlpelo, señor Noissier.

—Oh, sí, señor comisario. Queda disculpado.

—Gracias, señor Noissier. Es usted muy amable. Naturalmente, soltaré una reprimenda al manazas. Buenas noches, señor Noissier.

Colgó y sus ojos eran dos ascuas cuando los detuvo en el rostro del periodista.

—¿Por qué hay tipos como tú, Paul?

—Es muy sencillo, jefe. ¿No lo sabe? Si no los hubiese, los servidores de la justicia lo iban a pasar muy mal.

—¡Sólo eres un entrometido que se cree muy listo!

—No me negará que le he aportado lo mejor que ha tenido hasta ahora.

El comisario alargó la mano.

—Suéltala, Paul.

—¿El qué, jefe?

—La otra mitad de la fotografía.

—No la tengo.

—Paul, te dije que no estoy para bromas.

—¿Cree que si me hubiese quedado con una mitad de la fotografía le habría dado ese trozo? No me tome por idiota. La fotografía estaba rota.

—¿En el álbum o en un sobre?

—En el álbum.

—Así que fue el asesino.

—Yo lo juraría.

—¿Y por qué no se llevó la fotografía completa?

—Es un error que cometió. Ya lo sabe, jefe. Según la más difundida tradición, todos los criminales cometen un fallo.

—Pero éste es demasiado gordo.

—No, no lo es, jefe, porque se llevó también el cliché.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo estuve buscando. En uno de los armarios encontré una caja de cartón y allí había muchos clichés. Los miré todos al trasluz, y en ninguno de ellos encontré el negativo correspondiente a la fotografía.

Pierre Martin sacó un pañuelo que se pasó por la frente.

—Con que se trata de una masacre.

—Estamos de acuerdo.

El comisario señaló el trozo de fotografía.

—¿Cuántas más personas habría aquí?

—Por el tamaño de las figuras y la forma en que se tomó la foto, pueden ser dos o tres más.

—Dos o tres personas que pueden ser asesinadas.

—Con el procedimiento de las rositas.

—Será el primer caso en que necesitaré que los periódicos pongan toda la carne en el asador.

—Entiendo, debemos divulgar el contenido de la tarjeta. Las

señoras que reciban ramos de rosas rojas deben rasgar el sobre que lleva la tarjetita. Pero dígame, jefe, ¿y si el asesino cambiase de sistema?

—No cambiará.

—¿Porque usted no lo quiere?

—Hizo lo mismo dos veces.

—Y según usted, lo hará la tercera, la cuarta, la quinta, si es que hay quinta.

—No debe haber ni tercer crimen.

—Es su deseo y el mío, pero, tal como están las cosas, usted sabe bien que nos podemos encontrar con una larga cadena de asesinatos.

Pierre Martin hizo un gesto de malhumor. Cogió el trozo de fotografía. Las dos mujeres aparecían en un terreno que parecía montañoso. Sólo había arbustos, maleza, ni un solo árbol.

—Paul, ¿tienes idea en dónde ha sido tomada esta fotografía?

—Ya sé algo. Que no fue tomada en el Arco del Triunfo.

—Guárdate tus ingeniosidades.

—Pero usted mandará ese trozo de fotografía al laboratorio y sus maravillosos técnicos obtendrán maravillosos resultados.

Pierre cerró un ojo.

—Creo que lo voy entendiendo, chupatintas.

—Magnifico, jefe. Páseme sus conclusiones.

—Tú no podías hacer nada con la fotografía porque no tenías el negativo, y sólo nuestros técnicos pueden saber dónde fue tomada. Ya me extrañaba a mi tus deseos de colaboración.

—Es usted un mal pensado, comisario Martin.

—Pero no te voy a decir nada.

—Jefe, nunca volveré a ser un buen ciudadano.

—Si alguna vez lo has sido, sólo tuviste en cuenta tu interés. Y ahora tenemos el ejemplo. ¡Lárgate!

Paul hizo un saludo con la mano y se marchó del despacho del comisario Martin.

CAPÍTULO VI

Paul Lefevre entró en un tabernucho. Bajó por una escalera de caracol y en el camino se encontró con una mujer gorda, el rostro pintarrajeado.

—¿Me das un cigarrillo, guapo?

—Aquí lo tienes —contestó Paul y se lo dió.

—¿Me das fuego, rico?

Paul encendió un fósforo y le acercó la llama al cigarrillo.

—¿Me das...?

—No, querida —la interrumpió Paul—. Yo no tengo de eso.

La gorda no tuvo tiempo para responder porque Paul ya había bajado por su lado y se acercaba al mostrador.

Un hombre pequeñajo estaba en una esquina, lavando vasos. Tenía los restos de un cigarro puro en la boca. En su mejilla derecha exhibía una cicatriz.

—Hola, Louis —lo saludó Paul.

—Paul, no te conozco.

—Te recordaré la memoria. Paul Lefevre, de «Le Matin».

—Conocí a un Paul Lefevre que me ocasionó daños por trescientos francos la última vez que estuvo aquí.

—¿Te refieres quizá a una pelea en que Paul Lefevre tuvo que enterdérseles con tres matones porque ellos le quisieron quitar a la chica con la que él había llegado aquí?

Louis Dumaitre se encogió de hombros.

—Hace ya mucho tiempo de eso. Y ahora hasta nunca.

Paul se acercó por el lado del mostrador donde estaba Louis. Lo atrapó por el cuello y dio tal tirón que Louis estrelló la cara contra el tablero. El resto del puro desapareció por su boca.

—Paul, yo fumo tabaco, no lo mastico —escupió el cigarro.

—Qué lástima porque quise que lo tragases.

—¿Qué infiernos te pasa? ¿Es que te has vuelto loco? Lo de

aquella chica no fue culpa mía. Trabajaba para Alain Ledous y él la necesitaba porque le habían pedido seis chicas para una fiesta. Pero Nelly te prefirió a ti, y por eso se armó la que se armó.

—Eso ya lo sabía, Cicatrices.

—Sólo tengo una cicatriz.

—Pero es de las buenas.

—¿Qué quieres, Paul?

—Que seas amistoso.

—Ya soy amistoso. Te serviré un trago.

Paul soltó a Louis y éste le sirvió un vaso de vino.

—¿Qué te debo, Cicatrices?

—Medio franco.

—Robas bien —repuso Paul, pero arrojó sobre la mesa cinco francos.

—¿Quieres diez vasos de vino?

—No. Cicatrices, no soy un pellejo. Quiero información.

—No sé dónde pueda estar Nelly. Además, tú te la llevaste. Te debió dar su dirección.

—No se trata de Nelly.

Paul sacó una fotografía. En ella aparecía sola la señora Yvette Noissier, con camisa y pantalones varoniles. También la había sacado del álbum, pero ésta no se la entregó al comisario. La señora Noissier estaba en el mismo escenario donde habían sacado la otra fotografía, montes con arbustos y maleza.

—¿Qué es esto, Louis?

El dueño del tabernucho Paraíso echó una mirada a la mujer y dijo:

—¿Qué pasa? Es una fotografía.

—Qué gran descubrimiento. Me has quitado un peso de encima. Quiero sensatez, Cicatrices. ¿De dónde está tomada esta fotografía?

—Y yo qué sé.

—Fíjate bien en la chica.

—Ella es hermosa.

—¿Y qué más?

—No sé qué quieres que te diga...

—Está vestida con ropas de hombre. Pero esa camisa tiene algo de particular. Parece una camisa de campaña. Tú eres un Pie Negro.

—Está bien. Soy un Pie Negro y esta fotografía fue tomada en

Argelia.

—¿Estás seguro?

—Claro que no puedo estarlo. Hay regiones en nuestro país que se parecen. Pero yo tengo fotografías hechas en Argelia y el terreno parece igual.

—Agrega lo otro.

—Y la chica parece un soldado.

—En el Ejército francés no se admiten mujeres, Cicatrices. Pero había mujeres-soldados en la

O. A. S.

—También las había en el Frente de Liberación Nacional de los rebeldes.

—¿Y qué crees que es esta mujer? ¿De la

O. A. S.,

o del Frente Nacional?

—No lo sé. La indumentaria era muy parecida.

Paul agregó otros dos francos a los cinco de antes.

—Contesta, Cicatrices.

Louis miró el dinero. La nuez subió y bajó en su garganta. Finalmente dijo:

—Yo apostaría a que pertenecía a la

O. A. S.

—Yo también. Vamos adelantando algo. ¿La conoces?

—No, claro que no.

—Tú eras de la

O. A. S.

—Había muchos miles en la

O. A. S.

—Pero no habría miles de mujeres.

—Claro que las había. Todos luchamos por lo mismo, y no había distinción de sexo.

—¿No había distinciones? Entonces sucedía lo que en el Paraíso, y claro, a ti se te ocurrió el nombre para este infame tabernucho.

—Paúl, no me desanimas. Mi vida es dura.

—Sólo tienes dura la cara. Cuando te clavaron el cuchillo en la mejilla se debió romper la hoja.

—Es una herida de guerra. Ya te lo dije. Un argelino quiso mandarme al otro mundo, pero el bastardo no lo consiguió.

—Si yo investigase, descubriría que el cuchillo te lo clavó una mujer en defensa de su honor.

—No digas eso, Paul.

—Oh, claro. Te desanimas. Pero volvamos al asunto. ¿Quién me puede informar acerca de la mujer-soldado de la fotografía?

—No lo sé.

—Tú sabes mucho, Cicatrices. ¿Quieres más dinero? Pues no lo vas a conseguir hasta que tenga algo de valor. Hasta ahora me dijiste todo lo que ya sabía. ¿Crees que voy regalando por ahí el dinero?

—Te daré un nombre.

—Qué buen chico.

—Por otros veinte francos.

—Por romperte las narices. Eso es lo que vas a conseguir de mí.

—Se llama André Durand y ahora vete.

—No tan deprisa. ¿Qué es para mí un nombre? Lo pudiste haber inventado.

—No lo inventé. Ese hombre existe.

—¿Quieres que me lance entre los millones de habitantes que tiene París en busca de André Durand? —Paul sacó otros cinco francos—. Ya conseguiste el cupo, Cicatrices.

—Es propietario de un cine.

—Adelante.

—El cine se llama Concorde. Está a dos calles de aquí. Saliendo a la izquierda.

—Nombre de la calle, por si me pierdo.

—¡Calle Lucrecia, infiernos!

Paul cogió su vaso de vino y lo puso en la mano de Louis.

—Anda, bebe tu veneno.

—Es un buen vino.

—Sólo para los moribundos, Cicatrices.

—Eh, Paul, no le digas a André que te mandé yo.

—¿Y por qué no he de decírselo?

—Porque me da en la nariz que estás metido en un lío y todos tus líos apestan.

—Lo tendré en cuenta.

Paul salió del tabernucho y se encontró con la gorda en la puerta.

—¿Me das un cigarrillo, guapo?

Paul sacó el paquete, la caja de fósforos y se lo dio todo.

—Ahí tienes, rica. Todavía no hice hoy mi buena acción.

Dejó otra vez sorprendida a la gorda, entró en su coche y se dirigió a la calle Lucrecia.

La fachada del cine Concorde era fea, pero mucho más feo era el vestíbulo.

Detrás de la taquilla vio a una mujer con cara de lechuza.

Por dos francos se podía ver a las dos mejores películas de todos los tiempos, «Las dos huerfanitas» y «La hija de la portera».

—Quiero hablar con el señor Durand.

—No sé si está. ¿Para qué lo quiere?

—Asunto de negocios.

—¿Qué negocios?

Paul dio un suspiro y sacó cinco francos.

—Deme una entrada para el programa monstruo, y quédese con los otros tres.

—El señor Durand está en su oficina entrando a la derecha.

—Gracias, dulzura.

La lechuza sonrió melosamente.

—Salgo a las once de la noche.

—Qué desgracia. Yo me acuesto a las diez —le contestó Paul y se apartó de la taquilla.

El conserje llevaba un uniforme que daba la impresión de ir a caerse en pedazos. Rompió la entrada y dijo:

—¿Necesita compañía, señor?

—Soy un amante del cine. Sólo vine por «Las dos huerfanitas». Ya la he visto trece veces.

El conserje puso una cara muy triste y Paul se encaminó hacia la derecha. Abrió una puerta y entró. Vio a un tipo detrás de una mesa. Estaba contando billetes. Lo primero que hizo el fulano fue coger los fajos y guardarlos en el bolsillo.

—Esto no es un asalto, señor Durand.

—¿Eh?

André Durand era calvo, con unos mechones junto a las orejas, nariz aguileña, y no debía pesar más de cincuenta kilos.

—Soy Paul Lefevre de «Le Matin».

—¿Alguna encuesta? Yo le contestaré, señor Lefevre. El cine es

una ruina. La televisión está acabando con todos nosotros. Y agregue los impuestos...

—Se equivocó de encuesta.

—¿Cómo?

—Estoy investigando lo de la

O. A. S.

El caí vito sonrió.

—¿La

O. A. S.?

Eso ya pasó a la historia.

—No para mí, señor Durand.

—Lo siento, pero no lo puedo ayudar.

—¿Por qué no? Usted pertenecía a la

O. A. S.

—De acuerdo. Pertenecí, me encerraron en una cárcel, me sometieron a juicio y, ya lo ve, limpio.

—¿Cuánto dinero le costó?

—¿Qué está diciendo?

—Comprar jabón para mantenerse limpio cuesta dinero.

El calvito se echó a reír.

—Tiene usted sentido del humor, señor Lefevre.

Paul sacó la fotografía de la señora Noissier y la puso delante de André.

—Linda mujer —comentó el empresario.

—Celebro que reconozca a una amiga.

—¿Dije yo eso?

—No lo dijo, pero se le notó en los ojos. Usted conocía a esa mujer.

—No, se equivoca.

—¿Qué misión tenía ella?

—Le repito que no puedo darle información.

Paul dio un suspiro y retiró la fotografía que guardó en el bolsillo.

—Está bien, señor Durand. En nuestra profesión ocurre con frecuencia que nos dan una dirección equivocada. Lo siento. Hasta la vista.

Paul hizo un saludo con la mano y salió de la habitación.

Durand cogió el teléfono y marcó un número.

—¿Jacques?... Soy André Durand... Un hombre vino aquí. Un periodista. Paul Lefevre. Traía una fotografía de Yvette Noissier... Me preguntó si la conocía... Sí, estoy tranquilo... Pero alguien le dio mi dirección y eso no fue lo acordado... ¿Tú no? ¿Quién entonces? Está bien... Está bien. No estoy nervioso... No, ya se fue... Lo convencí de que no sabía nada... Sí, no me preocuparé... Ya nos veremos.

Colgó y entonces se abrió la puerta y se quedó asombrado al ver a Paul Lefevre.

—¿Nervioso, señor Durand?

—¿Eh? ¿Qué hace usted aquí?

—No tiene rapidez mental, calvito. ¿Quiere que le diga que salí intencionadamente para provocar su llamada? ¿Quiere que le diga que es usted un gusano?

—¡Señor Lefevre, no le consiento!...

—¿Qué es lo que no me va a consentir? —dijo Lefevre avanzando hacia la mesa.

—¡No me pegue!... ¡No me pegue!

Paul le cogió una oreja y se la retorció.

—¡Cuidado!... ¡Me hace daño!

—¿Quién es Jacques?

—Un amigo.

—Nombre completo —dijo Paul y le dio una vuelta a la oreja.

—¡Jacques Ronet!

—Su dirección.

—Calle Mercader.

—Número, calvito, no voy a ir preguntando por toda la calle.

—El setenta y siete, apartamento C.

—¿Qué cargo ocupa Jacques en la

O. A. S.?

—Enlace.

—¿Enlace de qué?

—Enlace entre Argelia y Europa.

—Pasemos a Yvette. ¿Qué era ella?

—No conozco a Yvette.

—Estúpido —dijo Paul y le dio otra vuelta a la oreja.

—¡Que me deja sin oreja!

—Será el comienzo. Luego te voy a dejar sin narices, calvito.

—Ivette formaba parte de un comando.

—Vaya, vamos adelantando.

—No le puedo decir más.

—Tú me vas a decir mucho más. ¿Qué clase de comando?

—Oiga, los comandos tenían misiones muy difíciles y estaban integrados en una Sección Especial. Le juro que yo nunca pertenecí a esa sección. Tiene que creerme.

—¿Por qué conocía entonces a Yvette?

—Nos encontramos varias veces en Argel. Poco antes de que todo acabase, la vi con un capitán.

—¿Cómo se llamaba el capitán?

—George Hardy.

—¿Dónde está el capitán Hardy? Hablaré con él.

—No puede hablar con él.

—Será cuenta mía.

—Está en el cementerio. Lo mataron.

—¿Cuándo lo mataron?

—En París poco después de proclamarse la Independencia de Argelia.

—¿Y quién lo mató?

—Nunca se supo. Le dispararon desde un coche en la calle. Le metieron en el cuerpo no menos de catorce balas.

—Tú sabes quiénes fueron sus asesinos.

—¡No!

—Pero te lo imaginas.

—¡No, le juro que no!

—¿Un ajuste de cuentas?

—Seguramente.

—Me estás dando muy poca información, calvito —le volvió a retorcer la oreja.

—¡Le estoy diciendo todo lo que sé!

—Sigamos hablando de Yvette.

—Ya no le puedo dar más noticias acerca de ella. Yvette y yo sólo hablamos un par de veces y de cuestiones sin importancia.

—Hablasteis del tiempo, ¿eh, calvito?

—Sí, señor, o de cualquier cosa.

—¿Y qué hacías tú en la

O. A. S.?

—Tenía un cargo burocrático. Quiero decir en la oficina.

—¿Y de qué se ocupaba esa oficina?

—Ingresos y gastos.

—Eras el Ministro de Hacienda.

—Oh, no señor. Yo sólo era un vulgar empleado, quiero decir que hacía anotaciones de lo que entraba y de lo que salía. Me refiero al dinero... Pero éramos seis más. No sabíamos los ingresos ni los gastos reales. Eso era cuestión del jefe.

—¿Quién era el jefe?

—También ha muerto.

—¿Quién era?

—Eugene Nichols.

—¿Y cómo murió él? ¿También le mandaron una ráfaga?

—No, señor, murió en Argel. Una carga de plástico hizo explosión donde realizábamos nuestro trabajo. Murieron cuatro y uno de ellos fue el jefe. Yo me salvé de milagro. Logré escapar con algunas heridas. Tengo tres cicatrices aquí —se señaló el trasero.

—¿Conoció a Danielle Duval?

—No.

—Pero usted lee los periódicos y sabe que se la han cargado.

—Sólo me enteré de la muerte de Yvette... La apuñalaron.

—Hace veinte días murió Danielle Duval de la misma forma.

—No sé quién es Danielle Duval. Y eso también se lo puedo jurar.

—Jura demasiado, calvito. Estoy buscando a las compañeras de Yvette. Una de ellas era Danielle, pero había otras. Quiero saber quiénes eran.

—Sólo recuerdo a otra.

—¿A quién?

—A Jeanne Poitier. Ahora tiene un salón de belleza en la avenida del Príncipe. No sé el número.

—¿Quién más?

—Le he dicho que sólo conocía a ésa.

Paul lo dejó libre.

—Si me ha dado alguna información falsa, volveré y le sacaré las tripas.

—Le he dicho todo lo que sabía.

Paul señaló el teléfono.

—No llame a Jacques.

—No, señor.

—Sea obediente, calvito —gruñó Paul y salió definitivamente de la oficina.

CAPÍTULO VII

Paul Lefevre se encontró con una secretaria pelirroja de figura sensacional.

Su nombre estaba puesto en la mesa: Martha.

—¿Qué desea, caballero?

—Si se me da a elegir, mucho —dijo él mirándola desde la cintura hasta la cara.

—No tenemos concurso de graciosos.

—Entonces hablaré con la señora Poitier para convencerla de que establezca uno. Así podría ganar yo el primer premio.

—La señora Poitier no puede recibirlo. Acordó ya sus citas para hoy.

—Y me imagino que también las acordó para mañana.

—Sí, señor.

—Y para pasado mañana.

—Sí, señor —la pelirroja consultó un libro—. Podría hacerle un hueco el jueves de la semana próxima.

—Yo tengo un hueco en mi casa donde cabemos usted y yo.

—Pues ponga a otra en mi lugar porque se va a quedar con las ganas. Hasta la vista, señor.

—Paul Lefevre.

—Hasta la vista, señor Lefevre.

—Periodista de «Le Matin», el periódico mejor informado de París, y eso se debe en gran parte a Paul Lefevre.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Lefevre?

—Hágala, guapa.

—¿Es tan modesto siempre?

—No, el día de la Fiesta Nacional voy diciendo por todos los bares que el general De Gaulle es más grande, que yo.

—Qué suerte para el general.

—Por eso me condecoró. Y ahora en serio, preciosa, no me

hagas perder el tiempo. Necesito hablar con la señora Poitier. Dígaselo a ella y dígale también que, si no me recibe, mañana llorará cuando lea la primera página de «Le Matin».

—¿Chantajé?

—Chantajé.

—Veré lo que puedo hacer.

—Estupendo, preciosa. Así le veré el resto.

La joven se levantó y echó a andar. Paul la siguió con la mirada. Lo que había de Martha desde la cintura hasta los zapatos era algo fuera de serie. Pero lo que más le gustó fue el bamboleo de las caderas. Ella, antes de entrar por una puerta, volvió la cabeza y dijo:

—Es usted un granuja por pensar en lo que está pensando —y desapareció.

Paul se echó a reír.

Al cabo de cinco minutos la pelirroja, salió y fue hacia Paul, y eso también fue un espectáculo. Ella ladeó ligeramente la cabeza y con una sonrisa dijo:

—No me vuelva a hablar del hueco.

—Como quiera, preciosa.

—La señora Poitier está dispuesta a recibirlo. Puede pasar.

—Qué amable.

Paul echó a andar hacia la puerta del fondo. Y al llegar allí, se volvió y descubrió a Martha que lo estaba observando.

—Martha, es usted una pillina por pensar en lo que está pensando.

Después de dedicarle un saludo con la mano entró en una oficina que podía haber servido para celebrar la conferencia del Vietnam.

Tras una brillante mesa había una brillante rubia. Podía tener treinta y cinco años, con un rostro bellísimo, con dos ojos como las esmeraldas y una boca sensual.

—Siéntese, señor Lefevre.

—Gracias.

Paul ocupó un sillón y cruzó las piernas.

—Parece que le va bien el negocio, señora Poitier.

—No me quejo. Pero imagino que no habrá venido a discutir acerca de mi salón de belleza.

—No, eso es verdad.

—¿Qué es lo que me habría hecho llorar mañana si yo no lo hubiese recibido?

—Yvette Noissier.

La rubia parpadeó.

—¿Yvette... Noissier? No sé quién es.

Paul señaló un ejemplar de «Le Matin» que asomaba por una carpeta.

—Va en primera página... Y no me diga que no tuvo tiempo de leer el periódico debido a sus muchas ocupaciones.

Las mejillas de la rubia enrojecieron.

—Es usted un grosero.

Paul rió divertido.

—Los miembros de nuestra sociedad de consumo llaman mal educado al que dice la verdad.

—¿Me está llamando embustera? —exclamó la rubia indignada.

—Sí, Jeanne, la estoy llamando embustera.

Los grandes senos de la rubia se agitaron en su encierro.

—¿Qué es lo que quiere, señor Lefevre?

—Usted estuvo con Ivette en Argelia.

—¿Quién le dijo eso?

—No importa quién me lo haya dicho. Usted formaba parte del comando.

—¡Me niego a hablar de eso!

—Usted tenía otra compañera, Danielle, y también debe saber que Danielle murió exactamente de la misma forma que Yvette. Recibió un ramo de rosas rojas con una tarjeta en la que habían escrito: «Pasaré a matarla a las 9». ¿Qué me puede decir de todo eso?

—Nada. No le puedo decir nada.

Paul dio un suspiro.

—Éste no es un juego, Jeanne. Hay ya dos cadáveres.

—¿Me está sugiriendo que yo puedo ser el tercero?

—Convénzame de que no puede ser el tercero, ni el cuarto, ni el quinto...

—¿Qué sabe de nosotras?

—Que formaban parte de un comando de mujeres. ¿Cuántas eran?

—Cinco.

—Conozco a tres. Las dos muertas y usted. ¿Quiénes son las otras dos?

—Eso es un secreto.

—Va a dejar de serlo ahora para mí.

—No, señor Lefevre.

—¿Por qué no?

—Por eso mismo. Porque es un secreto.

—Jeanne, la guerra de Argelia terminó hace muchos años. La

O. A. S.,

saltó en pedazos. De vez en cuando, surge la noticia del asesinato de alguien que perteneció a la

O. A. S.

¿Se da cuenta? Sólo tiene actualidad en cuanto uno de ustedes es acibillado a balazos, acuchillado, o aplastado por un auto que se da a la fuga.

—No se preocupe por mí.

—Suponiendo que usted estuviese segura, estará relacionada con los crímenes.

—¿Me está acusando de haber matado a Yvette y a Danielle?

—No la puedo acusar de nada porque no tengo ninguna prueba.

—¡Entonces, déjeme en paz!

—No puedo dejarla en paz, Jeanne. Y si no me lo dice a mí, tendrá que decírselo a la policía. Su pelirroja me entendió bien.

—Sí, ya me dijo que es usted un vulgar chantajista.

—No tan vulgar, Jeanne. Los chantajistas piden dinero y yo exijo información a cambio de mi posible silencio.

—Ni siquiera promete discreción.

—No puedo prometerlo hasta saber todo lo que usted tiene en la mente.

La rubia se levantó. Era todavía más esbelta que la pelirroja y estaba tan bien formada como ella. Rodeó la mesa y Paul pudo verla entera. Poseía unas piernas torneadas, de *vedette* del Lido.

—Formábamos un comando —dijo—. Eramos cinco mujeres. Las dos que usted dijo y yo.

—¿Quiénes eran las otras dos?

—Juliette Falconelli y Rose Gabin.

—¿Dónde están ellas?

—No lo sé.

—¿Dónde?

—¡Le he dicho que no lo sé! Les perdí la pista hace cinco años y no las he vuelto a ver.

—Siga hablando de ése comando. Imagino que tenían ustedes una misión especial.

—¿Y por qué lo imagina?

—Porque las tres de ustedes que he visto eran bellas y atractivas.

—Sí, nuestra misión era algo especial. Consistía en recaudar fondos. Teníamos que conquistar a grandes industriales o financieros. Sacarles el dinero por las buenas, y si fallaba...

—Por las malas.

—Sí, señor Lefevre. Todos los medios eran buenos para que nuestro Ejército dispusiese de dinero. Luchábamos por algo importante.

—No es momento para decir que estaban ustedes equivocados.

—Puede decirlo porque yo lo comprendí más tarde.

—¿Dónde cumplían sus misiones?

—En cualquier parte, quiero decir en Argelia, en Francia, en Suiza...

—¿Cómo trabajaban?

—Cada misión era cumplida por el grupo completo. Por regla general, todas teníamos ocupación.

—¿Quiere decir que elegían a cinco hombres con dinero de una misma localidad?

—Así es, pero nos ayudábamos unas a otras en un caso de emergencia.

—Debieron tener mucho éxito, aunque yo hubiese necesitado a las cinco para que me convenciesen.

—No sea animal.

—Consuélese. Nunca me habrían convencido por las buenas.

La rubia apretó los labios.

—Ahórrese los comentarios.

—De acuerdo. Sígame hablando de su grupito selecto.

—Nos asignaron una misión en Suiza, concretamente en Ginebra. Fue un éxito total. Conseguimos muchos millones.

—¿Cuántos millones?

—¿Importa la cantidad?

—Importa.

—Doscientos millones de antiguos francos.

Paul lanzó un silbido.

—Vaya, se ve que llevaban buena ropa interior.

Los ojos de la rubia destellaron intensamente.

—Lo hacíamos por la

O. A. S.

—¡Viva la

O. A. S.!

—Es usted un idiota, señor Lefevre. ¡Y no le voy a contar nada más!

—Yo le contaré el resto. Esos doscientos millones de antiguos francos desaparecieron.

CAPÍTULO VIII

La rubia hizo un gesto de perplejidad.

—¿Quién se lo dijo, Lefevre?

—No me lo dijo nadie. Es una conclusión que yo saqué. Recuerde que está hablando con el inteligente Paul.

—Muy bien, vanidoso. Acertó.

—¿Y cómo les limpiaron los doscientos millones?

—Mientras dormíamos.

—¿Así de sencillo?

—Así de sencillo, señor Lefevre.

—¿Y dormían las cinco juntas?

—No, señor Lefevre. Tres en una habitación y dos en otra.

—¿Dónde guardaban los doscientos millones?

—En la habitación donde yo estaba. En la de tres.

—¿Y quiénes eran sus dos compañeras?

—Danielle.

—Una asesinada.

—Yvette.

—Otra asesinada.

—Sí, señor Lefevre. Ellas eran mis compañeras. —Ustedes dormían profundamente cuando entró el ladrón y se llevó el dinero.

—Sólo le faltó un detalle.

—¿Cuál?

—Que nos cloroformizaron.

—¿Mientras dormían?

—Naturalmente. Fui la única que se despertó cuando oí un ruido. Me levanté y me pusieron en la nariz un trozo de algodón mojado en éter. Para ese entonces, mis dos compañeros habían empalmado el sueño natural con el artificial.

—¿No vio a nadie?

—No, la habitación estaba a oscuras. Traté de luchar, pero ellos

me sujetaron fuerte.

—¿Ellos?

—Sí, eran dos hombres. Estoy segura.

—Muy bien. Ya tenemos completo el cuento de Caperucita Roja que el lobo dejó sin merienda.

—¡Señor Lefevre, es usted un...!

—Diga algo original, Jeanne.

—Lo dejaré para cuando terminemos.

—Sigamos hablando de ese robo. ¿Quién lo cometió?

—Eso nunca se supo.

—Imagino que, cuando iban a realizar ustedes una misión, no lo dirían por la radio.

—No, señor Lefevre, se suponía que era una misión secreta. Sólo nuestro jefe estaba informado de nuestros pasos.

—¿Y quién era su jefe?

—George Hardy.

—El capitán George Hardy, al que le metieron la ráfaga.

—¿Sabe usted eso?

—Sí, sé eso, y todo ello quiere decir que el robo fue cometido por un miembro de la

O. A. S.

—No.

—Está claro como el agua. Sólo alguna de ustedes, las cinco mujeres, pudo meter mano al botín en combinación con los ladrones.

—¡No puede ser!

—¿Por qué no puede ser? ¡Y no me hable ahora de patriotismo! Apuesto a que, cuando ustedes cumplieron esa misión en Ginebra, estaban ya convencidas de que su causa estaba perdida. ¿Y qué pasó en esos momentos? Yo se lo diré, Jeanne. Que muchos miembros de la

O. A. S.,

pensaron en el futuro. Hasta entonces tuvieron en cuenta sus ideales, pero, cuando las cosas se pusieron feas, sustituyeron el ideal por su estómago.

—¿Y por qué habían de matar a Yvette y a Danielle? Eso no tiene sentido, señor Lefevre.

—Tengo una bonita historia.

—¿De qué se trata?

—De cinco hermosas muchachas que formaban un comando para conseguir dinero en favor de la

O. A. S.

Un día, una de ellas dijo: «Eh, muchachas, esto se va a acabar. ¿Por qué no dejamos de preocuparnos de la Argelia Francesa y pensamos un poco en nosotras?».

—¡No siga!

—Las cinco muchachas decidieron apoderarse del botín que ellas mismas habían conseguido, de doscientos millones de antiguos francos. Naturalmente, necesitaban una coartada, pero, puesto que estaban ellas solas, eso sería fácil. Inventarían la historia de un asalto. Las robaron mientras dormían y, como eran muchas, los ladrones utilizaron el cloroformo.

—¡Es usted un insensato!

—Pero alguien no se creyó esa bonita fábula, y ahora está tomando venganza, eliminando una a una a las hermosas muchachas del comando. Y si yo no me equivoco, usted recibirá un hermoso ramo de rosas rojas con una hermosa tarjetita en la que se leerá: «Pasaré a matarla a las 9».

—¿Por fin acabó, Lefevre?

—Sí, ya acabé.

—¡No nos robamos a nosotras mismas!

—Entonces, ¿por qué las matan?

—Quizá alguien creyó que cometimos el robo.

—¿Quién?

—¡No lo sé! ¿Cree que si lo supiese no informaría a la policía?

—Así que, según usted, el asesino está matando por equivocación. No me haga reír, Jeanne. El asesino, quienquiera que sea, está convencido de que ustedes traicionaron a la causa al quedarse con los doscientos millones de antiguos francos. ¿Por qué no lo admite de una vez?

—¡Porque no es verdad! ¡Yo no robé nada!

—Voy a admitir que usted es inocente, Jeanne.

—Es una gentileza por su parte.

—Una de ustedes robó el dinero en combinación con los ladrones, pero el asesino no lo sabe. Para él las cinco muchachas del comando eran cinco traidoras. Por tanto, también usted está en

peligro porque, para él, usted está en la lista.

Sobrevino una pausa. El rostro de Jeanne estaba un poco pálido. Entonces, Lefevre remachó.

—Y usted sabía cuánto he dicho mucho antes de que yo llegase aquí. ¿O es de las que esconden la cabeza debajo del ala a la espera de que le den el golpe?

—¡Cállese de una vez!

—Quiero darle un consejo.

—No se lo he pedido.

—Sin embargo, se lo doy porque es gratuito.

—Si le va a quitar el sueño, dígalo.

—Pida la protección de la policía.

—¡Qué tontería!

—Ellos pueden impedir que la maten.

—Haré un trato con usted, Lefevre.

—¿Qué clase de trato?

—Cuando reciba el ramo de rosas rojas, llamaré a la policía.

—El asesino utilizó dos veces ese procedimiento. Se ha dado mucha publicidad a su forma de matar. Ya ha corrido un riesgo con su segundo crimen. Yvette Noissier pudo establecer una relación del ramo de rosas con respecto al primer crimen pero, al parecer, no estaba enterada. Todavía no era un sistema de matar por parte del asesino. En resumen, que a usted la podría matar de otra forma.

—No quiero a mi lado a la policía.

Paul Lefevre se levantó.

—No puedo hacer por usted más de lo que he hecho.

—Y yo se lo agradezco.

Paul sacó una tarjeta.

—Quiero que me haga una promesa, Jeanne.

—¿Cuál?

—En cuanto reciba un ramo de rosas o cualquiera cosa, usted me llamará.

—Se lo prometo. Pero usted me va a prometer también que no hablará con la policía.

—No, eso no lo puedo prometer, Jeanne —contestó Paul y se dirigió hacia la puerta—. Nos veremos.

Salió antes de que Jeanne agregase otra cosa.

Paul se detuvo delante de la mesa de la secretaria.

—¿Cuándo cenamos juntos, Martha?

La joven consultó un cuaderno de notas.

—Yo también tengo muy cargada la temporada. Pero quizá le haga un hueco para dentro de seis meses.

—¿Por qué es tan cruel conmigo?

—¿Lo soy?

—Me está sangrando el corazón.

—Usted tiene una piedra y las piedras no sangran, señor Lefevre. Paul se encogió de hombros.

—Usted se lo pierde, hermana.

Se apartó de la mesa y caminó hacia la calle. Iba a entrar en su coche cuando una mano lo cogió por el brazo y lo obligó a volverse.

Un tipo con gafas oscuras, traje deportivo, le mostró la gabardina que llevaba en el brazo.

—Mire qué instrumento manejo, señor Lefevre.

Paul vio el instrumento. Era una pistola que el de las gafas sostenía bajo la gabardina.

—Qué bonito. ¿Qué música toca?

—Zambombazo en do mayor.

—¿Wagner? ¿O quizá es Beethoven?

—No, música de Michel.

—Y Michel eres tú.

—Te lo puse demasiado fácil. Anda, entra en tu coche.

Paul vio que la parte del volante estaba ocupada por otro, tipo con gafas oscuras. Se había introducido en el auto mientras él hablaba con el músico del extraño instrumento. Éste abrió la puerta trasera.

—Adentro, Lefevre.

Paul no tenía más remedio que obedecer y se metió en el asiento trasero. Michel lo hizo a continuación. Entonces el conductor puso el coche en marcha.

—¿Puedo preguntar adónde vamos, Michel? —inquirió Paul.

—¿Dónde va a ser? —le contestó Michel—. Al lugar donde se celebrará el concierto.

Paul sintió un escalofrío por la espina dorsal.

CAPÍTULO IX

—Eh, chico, ¿para quién trabajas? —preguntó Paul al cabo de un rato.

Michel le dirigió una mirada de desprecio.

—Parece mentira que un periodista pregunte eso.

—Por eso lo pregunto, porque soy periodista.

—Eres un narizota. Sólo eres eso, Lefevre. Un narizotas por haberte metido donde no debías.

—¿Y dónde me metí?

—Tú lo sabes.

—Oh, sí, perdona. Metí mis narizotas en un cubo de basura.

Michel le pegó con el cañón de la pistola en la rótula.

Paul lanzó un chillido de dolor.

—¿Por qué eres tan bruto, Michel?

—¿Por qué eres tan estúpido, periodista?

—De modo que yo recibo el golpe y soy el estúpido.

—Oye, muchachito de la pluma, hay muchas cosas que un periodista puede escoger como tema.

—¿Por ejemplo, maestro?

—La muerte de los Kennedy. El asesinato de Luther King.

—Sí, todo eso está bien, pero un poco pasado. Y te voy a dar una sorpresa. Ya escribí mucho sobre esos temas.

—El Vietnam.

—Hasta ahora no me has dicho nada para ganarme el pan.

—Pues escribe sobre las estrellas de cine. Tienes muchas para elegir, Brigitte Bardot, Raquel Welch... Ya ves que te nombro a los bombones. Y si ellas te recibiesen en su casa, podrías hasta tener un ligue. No sabes aprovechar las oportunidades que te dar el ser un muchacho de la Prensa.

—Perdona, maestro. Hasta ahora no lo comprendí. Anda, dile a tu compañero que lleve el coche junto al bordillo de la acera.

—¿Para qué?

—Para que bajéis y yo pueda hacer mi reportaje a Brigitte Bardot.

—Demasiado tarde.

—No, no lo es. Tengo amigos que son amigos de Brigitte. Cualquiera de ellos me abrirá la casa de la actriz.

—Olvidalo.

Habían dejado atrás las calles de más tráfico.

El conductor detuvo el coche al lado de una gran nave que parecía abandonada.

—¿Qué es esto? —preguntó Paul.

—Una fábrica que ya dejó de producir. Anda, baja.

El conductor ya había saltado y ahora lo hizo Paul. No podía echar a correr porque Michel lo seguía apuntando con la pistola.

—Echa a andar, Lefevre.

—¿Hacia dónde?

—A la fábrica.

Había una gran puerta entornada.

—Imagino que habrá un vigilante —dijo Paul—. ¿Qué pasa si nos ve? ¿Lo invitamos también a la fiesta?

—No te preocupes por el vigilante. No está.

—Se ve que conocéis bien el lugar. Habréis dado muchos conciertos aquí.

—Muchos.

Paul empujó la puerta y entró. Pero esta vez no se estuvo quieto. Se resolvió pegando un patadón a la puerta, la cual golpeó contra Michel. Echó a correr. Delante vio montañas de hierros retorcidos. Saltó por entre ellos. Sonó un disparo y la bala rebotó en el metal y siguió silbando.

El fondo estaba más oscuro. Paul vio una escalera metálica ante sí y trepó por ella.

Otra vez le dispararon. El segundo proyectil rebotó a sus pies.

La voz de Michel sonó hueca.

—¡No corras, conejo!

Paul saltó a una plataforma y siguió corriendo por ella. Se detuvo detrás de un gran depósito.

Oyó los pasos de sus dos perseguidores. Estaban subiendo por la escalerilla metálica.

—Fuiste un tonto, Michel —dijo el que había conducido el auto.

—Me sorprendió, pero no te preocupes, Julien. No escapará.

—Hemos de dividimos. Tú a la derecha y yo a la izquierda.

—Trato hecho.

Se referían al depósito.

Uno siguió por el mismo camino que había tomado Paul y el otro dio la vuelta.

Paul comprendió que tendría que desembarazarse de uno para poder hacer frente al otro.

Michel apareció ante sus ojos y saltó sobre él pegándole un patadón en la mano armada.

La pistola voló por el aire y fue a caer en el corredor.

A continuación, Paul pegó un izquierdazo en el mentón de Michel mandándolo hacia la barandilla y luego corrió por la pistola.

Pero no había pegado demasiado fuerte a Michel y éste se echó sobre él.

Los dos cayeron en el suelo.

Paul oyó un grito.

—¡Aquí estoy, Michel! ¡Apártate!

Paul quedó por un momento encima de Michel, pero enseguida se dio impulso.

Sin embargo, Julien disparó.

La bala se enterró en la espalda de Michel, el cual lanzó un aullido.

Paul estaba todavía debajo de Michel y atrapó la pistola del suelo. Mientras Michel se vencía, disparó sobre Julien, que se había quedado asombrado tras el fallo cometido.

El proyectil golpeó contra el pecho de Julien y lo mandó contra la barandilla. El asesino a sueldo se venció hacia el otro lado. Mientras se desplomaba lanzó un tremendo alarido.

Paul oyó un golpe sordo cuando Julien llegó abajo. Apartó de sí a Michel, el cual ya estaba muerto. Guardó la pistola en el bolsillo y echó a andar hacia la escalera metálica, por donde bajó. Se detuvo unos instantes ante Julien cuyos ojos estaban abiertos, la mirada fija en el techo. También estaba listo para ocupar el ataúd, como Michel. Aquel concierto había terminado muy mal para los dos concertistas.

Paul montó en su coche y se alejó de allí.

Una hora más tarde, oprimió el botón del apartamento donde vivía Jacques Ronet, el enlace de la
O. A. S.,
entre Argelia y Europa.

Le abrió una rubita que se cubría con una blusa muy pequeña y unos pantaloncitos. Todo ello le hacía mostrar un trozo de estómago y las piernas completamente desnudas. Pero todo era de categoría, con piel cremosa.

—¿Asustado? —dijo ella con un mohín.

Era una gatita de veintidós o veintitrés años.

—Sólo me asustan los cuentos de brujas —respondió Paul—. Vengo a hablar con el señor Ronet.

—Jacques —dijo la rubia volviéndose hacia el interior—. Aquí hay un tipo que pregunta por ti.

—No compro nada —le contestó una voz.

—Ya lo oyó, vendedor.

—Dígale a Jacques que no vendo nada. Soy Paul Lefevre, periodista de «Le Matin».

—Eh, Jacques, él dice...

—No lo repitas. Ya lo oí. Dile que pase.

La gatita se apartó del hueco de la puerta y Paul entró.

El vestíbulo estaba decorado en un estilo sicodélico con las paredes pintadas con algo que podía ser las pesadillas de un erótico.

Un hombre de unos cincuenta años, de cabello gris estaba en el fondo del vestíbulo, que tenía las dimensiones de una cancha de baloncesto, sentado en un cacharro con dos remos, y allá estaba él remando con el mismo entusiasmo que si estuviese cruzando el Atlántico. Su rostro estaba rojo por el esfuerzo. Dejó de mover los brazos y se levantó. Se cubría con una camiseta y con «slips».

Cogió una toalla y se la pasó por la cara y por el cuello para limpiar el sudor.

—Rebajo grasas, ¿sabe? —Ya estaba hablando con Lefevre—. Soy propenso a engordar, pero no crea que como demasiado. El alcohol, amigo, el alcohol. ¿Sabe que un vaso normal de *whisky* engorda más que dos pollos?

—Le preguntaré la dirección de su especialista en dietética cuando cumpla también los cincuenta años.

Jacques Ronet enarcó las cejas. Luego se echó a reír.

—Sí, puede preguntarlo entonces, y le daré la dirección gustosamente. ¿Y a qué ha venido, señor Lefevre?

—Por la

O. A. S.

—¿La

O. A. S.?

No comprendo.

—¿Cree usted que eso pasó a la historia?

—Pues sí.

—Sin embargo, ahora están asesinando a sus antiguas compañeras.

—¿Se refiere a Danielle Duval y a Yvette Noissier?

—Sí, señor Ronet.

—Mala suerte para ellas.

—¿Quién cree que las mató?

—¿Y por qué cree que yo lo pueda saber?

—Usted perteneció a la

O. A. S.,

y están matando a amigos suyos de la

O. A. S.

—Pertenecimos a la

O. A. S.,

muchos miles de franceses. ¿O es que está preguntando a todos?

—Cambiaré mis preguntas. Usted se enteró de la muerte de Danielle cuando ocurrió. ¿Por qué no llamó a la policía?

—¿Para qué?

—Para informarles del pasado de Danielle.

—Oiga, ¿qué tenía que ver yo con eso? Nuestro trabajo con la

O. A. S.,

acabó hace muchos años. Si por cada exmiembro de la

O. A. S.,

que muriese yo tuviese que entrometerme, ¿qué cree que pasaría? Los policías terminarían por creerme loco.

—Muy lógico.

—Celebro haberlo convencido, Lefevre. ¿Un trago? Anda, nena, sírvele al periodista un vaso de *whisky* antes de que se marche. ¿O prefiere otra cosa, señor Lefevre?

—*Whisky* está bien.

—Ya lo has oído, Susanne. Otro para mí.

La rubita sirvió dos vasos de *whisky*, uno a Paul y otro a Jacques.

Los dos bebieron un trago y entonces Paul dijo:

—Su argumento valió para el primer crimen, pero no para el segundo, el de Yvette.

—¿Cómo?

—Usted, al informarse de la muerte de Yvette, debió establecer una relación entre la

O. A. S.,

y las dos muchachas que habían pertenecido al comando.

—Eh, ¿qué sabe de eso?

—Bastante, señor Ronet.

—Ya me he arrepentido de haberle dado a beber mi *whisky*.

—No puedo escupirlo.

—Podría, señor Lefevre.

—¿Un puñetazo en el estómago?

—Es el mejor procedimiento para vaciar el estómago.

—A propósito de eso, Jacques, ¿conoce usted a Michel?

—Conozco a muchos Michel.

—El Michel del que yo le hablo tenía unos veintiocho años y era alto, de cabello rubio. Usaba gafas oscuras y pistola. Tenía un compañero, Julien, más bajo, moreno, barba cerrada, también con gafas oscuras y pistola. Antes de venir aquí trataron de emplomarme.

—Ah, ¿sí?

—Los dos sufrieron un accidente. Por desgracia para ellos, fue mortal.

—Nunca vi a esas personas. —Jacques bebió otro trago de *whisky*—. ¿Por qué infiernos está enredando, Paul?

—Ustedes perdieron doscientos millones de francos antiguos, un botín que estaba en poder de cinco mujeres. Ellas integraban uno de sus comandos para recaudar dinero. ¿No recuerda eso?

Ronet estaba muy serio.

—¿Quién le dio esa información?

—Lo sé y basta.

—No vino al lugar adecuado, Lefevre.

—Mataron a dos muchachas del comando. Quedan tres, ¿o tiene

usted noticias de que mataron a alguna otra?

—No, sólo conozco la muerte de Danielle Duval y la de Yvette Noissier.

—¿Sabe dónde está Jeanne Poitier?

—En un salón de belleza.

—¿Y dónde está Juliette Falconelli?

—No sé.

—¿Y Rose Gabin?

—Tampoco sé nada de Rose.

—¿Desde cuándo no tiene noticias de Juliette y de Rose?

—Han pasado muchos años desde que supe de ellas.

—Le convendría decirme la verdad.

—Habla como un policía, Paul. Y usted no es policía, sino un periodista. No me gusta que me amenacen.

—Mi tono no es de amenaza, Jacques. Sólo de advertencia.

—Tampoco me sirve su advertencia. Vivo una vida tranquila y la quiero seguir viviendo.

—¿A qué se dedica?

—¿Eh?

—¿De dónde saca el dinero para tener un apartamento como éste y una rubia como Susanne?

Jacques soltó una carcajada.

—Eh, Susanne, el muchacho te echó el ojo.

—Me gusta que me den categoría —repuso la joven.

CAPÍTULO X

Jacques alargó su vaso hacia Susanne, la cual fue por la botella y le sirvió otra ración.

—¿Más *whisky*, señor Lefevre?

—No.

—¿Está esperando a que conteste su pregunta sobre mis medios económicos?

—Sí.

—Podría mandarlo al diablo, Paul.

—Podría.

—Pero le voy a contestar. —Ronet hizo otra pitusa para beber un largo trago y prosiguió—: Soy Presidente del Consejo de Administración de la firma Diversiones y Máquinas. Tenemos tres clubs nocturnos y diez salones de máquinas tragaperras, ya sabe, tocadiscos, juegos de la bolita y un sin fin de cosas. Gano mucho dinero. Continuamente estamos ampliando el campo de nuestras operaciones. ¿Algo más?

Paul dejó el vaso sobre la mesa.

—Quería hacerle otras preguntas.

—¿Sobre quién?

—Acerca de unos compañeros suyos de la

O. A. S.

—Oiga, voy a tomar una ducha. Dejaré la puerta abierta y usted podrá preguntarme lo que quiera. ¿Lo ve? Tengo deseos de colaborar. ¿Por qué? Es muy sencillo. Porque no tengo nada que esconder.

—De acuerdo.

Jacques señaló a Susanne.

—Mientras me ducho, tú le sirves al señor Lefevre lo que él quiera, ¿eh, muñeca?

—Sí, Jacques.

Ronet desapareció por una puerta del fondo que dejó abierta.

Se oyó el agua correr y Jacques dijo:

—Puede empezar sus preguntas, Paul.

—¿Qué me dice de Eugene Nichols?

—Está más muerto que una momia faraónica. La casa donde se encontraba en Argel sufrió un atentado al plástico. Lo que se recogió de Eugene cabría en un pañuelo.

El ruido del agua se hizo más intenso.

Susanne llegó al lado de Paul.

—¿De verdad no quiere más *whisky*?

—No.

—Jacques dijo que le sirviese lo que desease. ¿Qué le parece esto? —La rubita echó los brazos al cuello de Paul y apretó su boca contra la de él.

Jacques habló a gritos desde la ducha.

—¿Qué más quiere, Paul?

Susanne apartó su boca de la de Lefevre.

—Dile que se ponga un bozal —lo tuteó.

—Le molestaría —también Paul alzó la voz—. ¿Qué hay de George Hardy?

—¿Quién?

—¡Hardy, el capitán Hardy!

Susanne lo volvió a besar.

—¡A Hardy también lo mandaron a la Morgue! —contestó Jacques.

—¿Por qué?

—Ajuste de cuentas... Debería usted saber que muchos miembros de la

O. A. S.,

traicionaron su ideal durante los últimos meses, cuando todo empezó a venirse abajo. Y a muchos les hicieron pagar la traición.

Susanne apartó su cara de la del periodista y dio un suspiro.

—¿Más de lo mismo, Paul?

—Ahora creo que me interesaría el *whisky*.

—¿Por qué, querido?

—Porque es menos abrasador.

La joven rió divertida las palabras de Paul y se fue al bar.

Jacques gritó por encima del ruido del agua.

—Susanne, ¿estás atendiendo bien al señor Lefevre?

—Sí, amor mío.

—Quiero que se lleve un buen recuerdo de su visita.

—No te preocupes, se lo llevará —contestó Susanne y guiñó un ojo a Paul mientras le alargaba el vaso con *whisky*.

—Eres un demonio —le sonrió Lefevre.

—Paul —dijo la joven—. Jacques se marcha todos los días a las seis y no vuelve hasta media noche.

—¿Y no te lleva con él?

—La mayoría de las veces me deja. Estoy aquí solita, aburrida, y la televisión me fastidia. ¿Por qué no me haces una visita?

—Porque aprecio mi cuello.

—Eres un cobardón —repuso Susanne y lo volvió a besar en los labios.

Jacques cerró la llave del agua y eso sirvió a Paul para apartarse de la joven.

—Nena, bajó el telón.

—Maldita sea, podía haberse quedado en la ducha durante los próximos tres años.

—Se habría ablandado demasiado.

Oyéronse pasos y Jacques apareció cubriéndose con un albornoz.

—No le puedo decir nada acerca de la muerte de Hardy, Paul. Mire usted, han muerto algunos centenares de miembros de la O. A. S.,

unos en Francia y otros en el extranjero, y casi todos acabaron violentamente... Es la resaca que sigue a toda guerra. Pero yo estoy limpio. ¿Lo entiende? Completamente limpio. Salí de aquello y me dediqué a los negocios. Fui realista. Algunos soñadores pensaron que Argelia podía ser otra vez francesa, tipos sin sesos o que volaban en una nube, pero yo no soy de esa clase. Nunca lo he sido.

—Bien, Jacques. Espero que siga limpio.

—Acabó de ducharme —contestó Ronet y lanzó una carcajada riendo su propio chiste.

—Gracias por su *whisky* y por lo demás.

—De nada, muchacho. Susanne, acompaña a Paul hasta la puerta. Yo tengo que vestirme.

—Sí, querido.

—Hasta la vista, Paul.

—Lo mismo digo, Jacques.

Susanne fue con Paul hasta la puerta mientras Jacques desaparecía en una habitación.

Susanne abrió la puerta y salió con Paul.

—Eh, ¿te vas a ir así? ¿Sin una despedida?

—No quiero saltar por los aires.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo, Paul?

—Quise decir que eres nitroglicerina.

—Oh, eso me gusta —dijo la joven y le echó los brazos al cuello y otra vez aplastó su boca contra la de él.

Paul la apartó.

—¿Quieres que Jacques te cuelgue de los pulgares?

—Habla como si nunca hubiese roto un plato. Y es todo un gorila.

—¿Y qué hay de verdad en lo que me dijo?

—Oye, yo no sé nada de sus pasos. Sólo sé que ahora está podrido de dinero. Me va a comprar un abrigo de visón, ¿sabes?

—Gánatelo, nena.

—Pero estoy muy aburrida, Paul.

—Un abrigo de visón se consigue con sacrificios.

—¿Quién dijo eso? ¿Confucio?

—No, cariño, se lo oí decir a una chica tan mona como tú.

Paul se dirigió hacia el ascensor y apretó el botón de llamada.

Susanne quiso ir detrás de él, pero oyó la voz de Jacques.

—Susanne, ¿dónde has puesto mis malditos calcetines?

La rubita tiró un beso a Paul y se metió en el apartamento.

El periodista sonrió mientras bajaba en el ascensor.

Se metió en el auto y se sumergió en el tráfico. Su siguiente visita fue para el comisario Martin.

Al verlo entrar en el despacho, el comisario arrugó la nariz.

—¿Otra vez aquí?

Paul ocupó una silla.

—Y con noticias frescas. ¿Sabe a qué se dedicaban hace unos años Danielle Duval e Yvette Noissier?

—Formaban parte de un comando de la

O. A. S.

—Caramba, jefe, resulta que aquí también trabajan.

—El comando lo formaban cinco mujeres y las otras tres eran

Jeanne Poitier, Juliette Falconelli y Rose Gabin.

—¿Quién le contó eso?

—¿Quién te lo contó a ti?

—Bueno, estamos empatados.

—Pero da la casualidad de que a mí me pagan por investigar.

—Y a mí me pagan también por lo mismo.

—Pero no eres policía, Paul.

—Un periodista y un policía tienen mucho en común. Por eso nos llevamos tan bien usted y yo, como un padre y un hijo.

Pierre cerró un ojo.

—¿Sabes algo que yo no sepa, Paul?

—¿El qué, por ejemplo?

—¿Por qué las están matando?

—No tengo idea.

—¡Eres un falsario, Paul!

—¿Por qué dice eso, padre?

—Estás enterado como yo del robo de los doscientos millones de antiguos francos.

—Lo confieso. Estoy enterado.

—¿No crees que es suficiente motivo para matar?

—Entiendo, su hipótesis es que un antiguo miembro de la

O. A. S.,

quiere vengarse de las cinco muchachas que se apoderaron del botín en Ginebra.

—¿Tienes otra mejor?

—La verdad es que no.

—Pues nos quedaremos con ésta.

—¿Y qué ha empezado a hacer para dar con el asesino?

—Tengo vigilada a Jeanne Poitier. Mis hombres no la dejarán un solo minuto.

—¿Y qué me dice de Juliette Falconelli y de Rose Gabin?

—No las hemos localizado.

—Sería mejor que me dijese la verdad, jefe.

—¡Te he dicho que no las tengo localizadas!

—De acuerdo, papaíto.

—¡Deja de llamarme papaíto!

Paul se puso en pie.

—Eh, ¿qué vas a publicar en tu periodicucho? —rezongó el

comisario.

—Todo lo que sé.

—¡No puedes!

—Todo lo contrario, jefe. Usted lo dijo, ¿recuerda? Si se publica que Juliette Falconelli y Rose Gabin están en peligro, ellas podrán leer el aviso.

—Pero, si ellas robaron realmente el dinero, nunca pedirán la protección de la policía. Huirán del lugar en que se encuentren y nunca podremos hallarlas.

—La palabra «nunca» no debe ser pronunciada por un policía.

Martin pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Basta de bromas, Paul!

—Yo estoy hablando en serio.

—Entonces no nombres a Juliette Falconelli y a Rose Gabin para nada, al menos por un par de días. Nosotros haremos todo lo posible para dar con su paradero. Si les echamos mano, podremos ofrecerles nuestra ayuda.

—Está bien, papaíto. No hablaré de Juliette Falconelli ni de Rose Gabin.

CAPÍTULO XI

André Durand pegó un salto en la silla y se puso en pie al ver entrar a Paul.

—¿Usted?

—Ya compré dos localidades en el mismo día para ver tu apestoso programa, calvito.

—Entonces, ¿por qué no se sienta en una butaca y aprovecha su dinero?

—¿Por qué advertiste a Jacques, André?

—¿Eh?

—Me has oído bien. No quise hacerte la pregunta hasta hablar con Jacques, pero ya lo hice.

—¿Y qué le dijo él?

—Yo soy el que hace las preguntas, calvito.

Paul echó a andar hacia la mesa y André se cubrió las orejas con las manos.

—¡No!

Paul le cogió la nariz y se la retorció.

André cayó de la silla.

Paul dejó de retorcerle la nariz, la cual se le enrojeció rápidamente.

—Me tomaste por tonto, calvito. ¿No supiste que volvería? ¿Por qué llamaste a Jacques?

—Hay una razón, pero no tiene importancia.

—Quiero saberla, a pesar de todo.

—Nos protegemos unos a otros.

—¿Te refieres a los antiguos amigos de la

O. A. S.?

—Sí.

—¿Y por qué os protegéis?

—Porque hemos corrido muchos peligros juntos.

—Y ahora estáis muriendo como chinchas, ¿eh, cal —vito? Danielle Duval e Yvette Noissier fueron asesinadas. ¿Quién será la próxima víctima?

—No lo sé.

—Yo te ayudaré. ¿Jeanne Poitier?

—Lo ignoro.

—¿Juliette Falconelli?

—Yo no soy el asesino. No tengo nada que ver con esto.

—¿Rose Gabin?

—Por favor, señor Lefevre, yo estoy retirado. Sólo me dedico a mi cine.

—Pero hablaste con Jacques apenas puse los pies en esta oficina.

—Ya le he dicho la razón.

—Jacques es el tipo fuerte, el que os protege a todos, ¿por qué?

—Nos dió orden de que lo mantuviésemos informado.

—Yo le diré de otra forma. Jacques dispone de matones y, si alguien trata de encontrar información, los pone en marcha para apartar al curioso del asunto.

—No sé de qué me habla.

—Yo ya tuve mi pareja de matones. Dos tipos trataron de apartarme de esto y lo hicieron con malos modales. Pero ya no existen.

André agrandó los ojos y Paul se inclinó sobre él.

—Los dos matones están para que los entierren y la fiesta sólo ha hecho que comenzar, pero no me gusta ir por ahí exponiéndome a que, de un momento a otro, me agujereen la piel. ¿Me hago entender, Durand?

—Sí, señor. Lo comprendo muy bien.

—¿Dónde están las otras?

—¿Qué otras?

—Juliette Falconelli.

—No lo sé.

Paul sacó la pistola que había pertenecido a Michel.

—Eh, ¿qué va a hacer? —gritó André.

Paul le apuntó a la cabeza.

—Voy a ensuciar mucho ese sillón.

—¡No!

—¿Dónde está Juliette Falconelli?... Tienes tres segundos,

André.

—Calle Riviere, número 118, apartamento 24.

—¿Rose Gabin?

—No conozco su dirección. Podría disparar todo el cargador y no se lo podría decir. ¡Se lo juro, señor Lefevre!

—Hay otra cuestión, André.

—¿Cuál?

—Cuando yo salga de aquí llamarás a Jacques.

—¡No, no lo haré!

—¿Esperas que te crea?

—Oiga, Lefevre, voy a hacer una cosa. De aquí me iré a mi casa, prepararé la maleta y me iré.

—¿Adónde?

—A Italia, a Grecia, adonde sea. No quiero quedarme un minuto más en París.

Paul guardó la pistola.

—¿Se va ya? —preguntó André extrañado.

—Sí, y espero que no me hayas engañado respecto a la dirección de Juliette.

—No le he engañado.

Paul abandonó el cine y se metió en una cabina telefónica marcando el número de la policía.

—¿Comisario?... Aquí Paul Lefevre.

—¿Algo nuevo?

—Quiero que impida que alguien salga del país.

—¿Quién?

—André Durand. Tiene un cine, el Concorde —dijo Paul y colgó antes de que el comisario le pudiese hacer una sola pregunta.

Luego llevó su auto a la calle Riviere.

Subió en el ascensor y oprimió el botón correspondiente a la sexta planta. Caminó por el corredor hasta llegar frente al apartamento 24. Llamó.

Esperó un minuto y luego le abrieron.

Ella era una mujer, pero ya se conocían. Se trataba de la pelirroja Martha, la secretaria de Jeanne Poitier.

—Hola, preciosa —saludó a la asombrada joven.

—¿Qué hace aquí?

—Se me hacía muy difícil esperar seis meses para cenar contigo,

y lo dejé todo por si se había producido esta noche una baja en tu lista de admiradores.

—Lárguese —dijo Martha y quiso cerrar violentamente la puerta.

Paul no la dejó porque cargó con el hombro y entró en el apartamento.

Martha se tambaleó.

—Eh, no puede entrar aquí por la fuerza. Sería violación de domicilio.

Paul cerró la puerta y dijo:

—Juliette Falconelli, alias Martha.

Los hermosos ojos de la pelirroja despidieron llamaradas.

—¿Quién le ha hablado de mí?

—Jeanne.

—¡Mentira!

—Eso no lo dice una chica bien educada.

—¿Quién presume de educación?

—De modo que fuisteis vosotras y, para que no preguntes, diré que me refiero a los doscientos millones de antiguos francos. Tú y Jeanne dejasteis con un palmo de narices a vuestras compañeras.

—Sólo estás diciendo estupideces —lo tuteó también ella.

—Y con parte de ese dinero montasteis la casa de belleza. Pero doscientos millones era mucho dinero, de modo que tendréis el resto de la plata metido en un buen escondite. Por ejemplo, en un Banco suizo.

—Pamplinas.

—Vosotras ordenasteis liquidar a vuestras compañeras porque ellas, tarde o temprano, sabrían la verdad.

—Eres un cabeza dura, Paul.

—Oh, sí, yo la tengo muy dura. Pero de vez en cuando pienso.

—Lo dudo.

—Me vas a hacer una confesión completa, pelirroja.

—Muy bien, la haré.

—Empieza.

—Jeanne y yo no tuvimos nada que ver con el robo de los doscientos millones.

—No es la confesión que yo quiero oír.

—Es la única que tengo a tu disposición. Y ya me cansé de ti.

¡Fuera!

—No, cariño, no me voy.

Martha echó a correr hacia el fondo de la estancia. Paul corrió detrás. Ella cogió un bolso del sillón y sacó una pistola.

Paul cayó sobre Martha y los dos se derrumbaron.

Paul había logrado sujetar la mano de la joven, pero ella le pegó un rodillazo en el vientre. Lefevre se dio impulso, y llevóse consigo a Martha y los dos dieron vueltas por la alfombra.

Paul era el más fuerte y pudo quedar encima de ella y le pegó dos bofetadas.

—¡Maldito, estás pegando a una mujer!

—Estoy pegando a una asesina.

—Yo no soy una asesina.

—¿Y qué me ibas a servir con la pistola?... ¿Rosquillas?

—Sólo quería atemorizarte para que salieses.

—Eso no te lo creería ni aunque me lo jurases, preciosa.

—Suéltame.

Paul le quitó la pistola y se levantó.

Ella se quedó de rodillas en el suelo y se puso a sollozar.

—Eres un canalla.

—No me gustan las lloronas.

Ella se levantó bruscamente. No tenía una sola lágrima en los ojos.

—Eres un grandísimo cabezota. Te he dicho la verdad. Jeanne y yo no robamos aquel dinero.

—¿Y quién lo robó?

—No lo sé.

—¿Dónde está Rose Gabin? Es la única que falta de la pandilla.

—La última vez que supe de ella estaba en Londres.

—¿Y cuándo fue la última vez?

—Hace dos años.

—¿Qué hace en Londres?

—Tenía un negocio.

—¿De qué clase?

—Una librería.

—Vaya, una de las alegres muchachas del comando nos salió intelectual.

—No me hacen ninguna gracia tus chistes.

—¿Cuál es el nombre actual de Rose Gabin? Y no me digas que no lo sabes.

—Margot.

—Margot, ¿qué más?

—Duplessis.

En aquel momento sonó el teléfono, pero Juliette, alias Martha no se movió.

El timbre siguió sonando.

—¿Es que no vas a coger el teléfono? —dijo Paul—. Debe ser tu amiguita Jeanne. Seguramente quiere interesarse por tu seguridad.

—Vete al infierno —dijo Martha, pero cogió el teléfono.

—¿Sí?

—Juliette —dijo una voz ronca.

—Se ha equivocado de número.

—No, no me ha equivocado de número. Eres Juliette Falconelli.

—Soy Martha Dupont.

—Es tu nombre de ahora.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Pasaré a matarte dentro de diez minutos.

—¿Cómo?

—Y es inútil que llames a nadie porque ya estoy en el edificio —dijo aquella voz y se interrumpió la comunicación.

Martha dejó el auricular con mucha lentitud.

—Al parecer no son buenas noticias.

Martha reparó entonces en Paul Lefevre.

—¡Quieren matarme, Paul!

—¿Ya recibiste el ramo de rosas?

—¡No existe ramo de flores! —La joven señaló el teléfono—. ¡Me lo acaban de decir!

—¿Quién?

—Una voz de hombre. Me matará en diez minutos y él ya está aquí, en el edificio.

—Tranquilízate.

—¡Y un cuerno me voy a tranquilizar! ¡Dame esa pistola!

—No, Martha. La tendré yo.

—Es mía y la necesito para defenderme.

—Me quedará contigo.

—¿Aquí?

—No, en otra habitación.

—¡No quiero que te vayas!

—Saldré en el momento oportuno.

—¿Cómo sé que vas a salir en el momento oportuno?

—Es la mar de sencillo, quiero cazar a ese hombre vivo.

—¡Yo lo prefiero muerto!

—Sólo si queda vivo sabremos por cuenta de quién trabaja y resolveremos de una vez por todas este misterio.

—Ya han pasado cinco minutos.

—¿Dónde quieres que me esconda?

La joven señaló una puerta y Paul fue allí. Era un dormitorio.

—Cerraré y estaré atento, Martha.

—No quiero que cierres. Deja la puerta entreabierta.

—Si la dejo entreabierta, él se podría dar cuenta, y echaría a correr.

—Oh, claro, tú necesitas que me mate para que puedas pillarlo con las manos en la masa.

—No necesito que te mate. Me bastará con aparecer antes de que pueda sacar el cuchillo.

—¿Y si esta vez en lugar de cuchillo trae pistola?

—Siempre ha matado con cuchillo.

—Pero también las otras veces mandó un ramo de flores y ahora no lo mandó.

—Basta de diálogo o lo estropearemos.

Paul se encerró en el dormitorio y Martha quedó sola en *el living*.

La joven paseó nerviosa de un lado a otro, y de vez en cuando se detenía para mirar la puerta tras la que se encontraba el periodista.

Consultó su reloj. Ya debían haber pasado casi los diez minutos. ¿Por qué no aparecía? Miró la entrada y se imaginó al asesino en el corredor. Pasó otro minuto sin que en la puerta ocurriese nada.

Martha decidió prepararse una ración de *whisky*. Estaba escanciando en el vaso cuando la puerta del apartamento se abrió bruscamente.

Martha vio a un hombre que se cubría con abrigo y sombrero negros, gafas oscuras y guantes también negros.

La joven dio un grito y dejó caer la botella y el vaso.

CAPÍTULO XII

—¿Quién es usted? ¿Por qué ha entrado sin llamar? —dijo Martha.

—Ya le anuncié mi visita —contestó el desconocido.

—¿Usted?... ¿Usted fue el que telefoneó?

—Sí.

—¿Qué quiere?

—Se lo dije. Iba a pasar a matarla.

—¡Usted está loco!

—No diga eso.

—Está loco porque yo no lo conozco a usted. ¡No lo he visto en mi vida! ¿Por qué quiere matarme?

—Tiene que morir.

—He preguntado por qué.

—Morirá y basta.

El hombre echó a andar hacia Martha.

La joven miró hacia la puerta tras la que se escondía Paul. ¿Por qué no salía ya? Se estremeció pensando que se hubiese podido marear. A veces ocurría que un hombre perdía el sentido por la emoción. Oh, no, Paul tenía que estar allí.

—Espere un momento —dijo ella.

El hombre se detuvo a unos cinco pasos, metió la mano en el bolsillo derecho y mostró un puñal.

Entonces se abrió la puerta del dormitorio y Paul apareció con la pistola en la mano.

—Hola, muchacho.

El hombre giró bruscamente y, al ver a Paul, no dijo nada.

—¿Sorprendido? —sonrió Lefevre.

—Mucho.

—Tira ese puñal.

—No, no lo voy a tirar.

—Te conviene renunciar a lo que venías a hacer.

—Iba a matar a Juliette, pero esta vez serán dos las víctimas. Ella y usted.

—No me digas.

—Y lo mataré primero a usted.

—Es lo más divertido que me han dicho en los últimos años. Tú tienes un puñal, yo una pistola, y me dices que me vas a matar. Debes equivocarte. Una pistola puede más que un puñal.

—Eso es lo que usted cree. Tratándose de mí, yo soy el más poderoso.

El hombre de las gafas oscuras se puso en marcha hacia Lefevre.

—Quieto, asesino —le ordenó Paul.

Pero el hombre del puñal continuó andando.

—Voy a disparar.

—Dispare.

—¿Eres un suicida?

—¡Dispare!

Paul bajó la pistola e hizo un disparo.

La bala golpeó contra la pierna del hombre y lo detuvo un instante.

Paul se quedó asombrado al ver que aquel hombre no había soltado el menor grito y la pierna alcanzada por la bala seguía estando tan recta como la otra.

Dio otros dos pasos. ¡La bala no le había afectado la pierna en absoluto!

Paul hizo dos disparos, apuntando ahora más arriba, al muslo.

Otra vez se detuvo el asesino. Paul tenía fija la mirada en el asesino y vio los dos agujeros en el pantalón, así como el otro agujero a la altura de la rodilla. ¡Tampoco aquel hombre había soltado el menor gemido al recibir la segunda y la tercera bala!

Sólo se había detenido, quizá para que Paul se diese cuenta de que le había dicho la verdad con respecto a su puñal enfrentado a una pistola.

Martha gritó y lo hizo pegando un alarido.

—¡Paul!

—Tranquila, nena.

—¿Es que no lo ves? Las balas no le hacen daño.

—Hay una explicación para eso. Debe tener piernas ortopédicas.

El hombre de las gafas oscuras sonrió.

—Dispare al pecho, señor Lefevre. Ande, dese prisa antes de que llegue ante usted.

Dio otros dos pasos y Paul disparó al pecho.

Paul vio cómo el proyectil se hundía en el tórax del asesino. Lo detuvo de nuevo, pero tampoco lo hizo retroceder a pesar de la fuerza de la bala.

Ni siquiera dio el menor síntoma de estar herido.

Martha volvió a gritar.

—Paul, ¿qué es lo que pasa? ¿Es que tu pistola no tiene balas?

—Sí, Martha, las tiene.

—¿Qué significa, entonces?

—Significa que este hombre tiene un chaleco blindado.

El asesino sonrió.

—¿Piernas ortopédicas? ¿Chaleco blindado? ¿Y cómo tengo la cabeza, señor Lefevre?

—No le noto nada en particular. Es una cabeza como la mía.

—¿Usted cree? Ande, dispare contra ella.

—No quisiera matarlo.

—¿Por qué no?

—Quiero que me cuente la historia de su vida.

—No puedo contársela a un muerto, y es como usted va a quedar.

—¡Paul, dispara contra su cabeza! —exclamó Martha—. ¡No esperes más!

Paul hizo fuego.

La bala golpeó contra la frente del asesino y le hizo un agujero.

Por una fracción de segundo, la cabeza se fue hacia atrás, pero enseguida recuperó su posición normal.

Paul tuvo la impresión de que la sangre se helaba en sus venas. ¡Aquel hombre tenía un agujero en la frente y seguía sonriendo!

—¿Qué dice ahora, señor Lefevre? Habló de piernas ortopédicas, de un chaleco blindado. ¿Qué es lo que tengo en la cabeza?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? ¿No es usted tan listo?

—Dígamelo usted.

—No, señor Lefevre. Se morirá sin saberlo.

Martha chilló:

—¡Este hombre es un monstruo, Paul!

Paul todavía tenía la pistola en la mano.

—Echa a correr hacia la puerta, Martha. Yo lo retendré mientras escapas.

—Sí, Paul —dijo Martha y echó a correr.

Aquel hombre cogió una silla y la arrojó contra la joven como si fuese un mondadientes.

La silla golpeó contra la cabeza de Martha y la arrojó al suelo sin sentido.

Entonces el de las gafas oscuras se volvió hacia Paul y dijo.

—Nadie puede escapar de mí, señor Lefevre.

—Voy comprendiendo.

—¿Qué es lo que comprende?

—Sus avisos acompañados con el ramo de rosas rojas. Si sus víctimas hubiesen llamado o alguien en su auxilio, nadie habría impedido que usted las matase.

—Una buena conclusión, señor Lefevre. Yo puedo matar a una persona que esté protegida por docenas de policías.

—¿Es un superhombre?

—No, amigo, no lo soy. Para ser un superhombre hace falta ser humano. Llámeme como quiera, señor Lefevre. Ya le llegó la hora.

—Espere un momento. Podría tener consideración conmigo y decirme por qué mata a las chicas.

—No, no lo sabrá.

—Hombre, no sea así.

—No me llame hombre. Recuerde que no lo soy.

—¿Y qué es usted?

—Adivínelo.

—¿Un monstruo como dijo Martha?

—Quizá.

—¿Qué clase de monstruo?

—Se acabó su tiempo, señor Lefevre.

—Eh, oiga, haré un trato con usted.

—¿Qué trato?

—Montaré un espectáculo con su ayuda.

—¿Eh?

—Nos exhibiremos juntos por todo el mundo. Paul Lefevre con su Gran Bicho. Será algo sensacional, lo nunca visto. Ganaremos los

billetes a capazos, y usted y yo seremos millonarios. Tendremos una residencia en la Costa azul, otra en Miami y una tercera en Torremolinos que, según dicen, se está poniendo muy bien. Y usted tendrá las mujeres por docenas.

—No quiero a las mujeres.

—Está bien. Le compraré un monstruito.

—Sólo dice tonterías. Y yo sé por qué las dice. Porque está muerto de miedo.

—¿Quiere que le haga una confesión, Bicho?

—Hágala.

—Estoy muerto de miedo.

—No me hacen gracia sus chistes.

—Sé otros que la tienen. Le aseguro que le harán reír. Sentémonos en el diván y bebamos un copazo. Eso es. Lo contaré tantos chistes que usted llegará a sentirse humano.

El hombre de las gafas oscuras sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Yo no puedo perder el tiempo, señor Lefevre. Me han dado la señal para que acabe con usted y con la chica inmediatamente.

—¿Quién le dio la señal? No he visto a su jefe. ¿O es invisible?

—Usted no lo entiende.

—Explíquemelo.

—No, no hace falta que lo entienda.

El asesino se puso otra vez en marcha.

Paul volvió a disparar la pistola contra la cara del asesino.

Uno de los proyectiles golpeó contra las gafas y las hizo saltar en añicos.

Entonces Paul vio los ojos del criminal. Eran unos ojos negros, fijos, como los de un muñeco, y ya no tuvo tiempo para ver más porque aquel extraño ser se le echaba encima para apuñalarlo.

Lefevre pegó el salto más grande de su vida y el puñal se clavó en la puerta.

Había logrado salvar la primera embestida, pero su rival desclavó el puñal de la puerta y se movió rápidamente en su busca.

Paul cogió una silla en su camino y la estrelló contra el asesino.

Otra vez se asombró porque la silla se convirtió en pedazos y el extraño ser no sufrió el menor daño.

—No tiene escapatoria, señor Lefevre.

—Una pregunta... Una sola pregunta —dijo Paul—. ¿Quiénes fueron sus padres?

CAPÍTULO XIII

El asesino sonrió ante la pregunta de Paul.

—Tuve los mejores.

—No, usted no pudo tenerlos, porque nació en un tubo de ensayo. Confiéselo.

—No nací en un tubo de ensayo.

—Pero nació en un laboratorio.

El asesino caminó hacia Paul.

—Sea bueno, señor Lefevre, y este quieto.

—¿Para matarnos mejor? Oh, no, de ninguna forma me estaré quieto para que me pinche como a una aceituna. A propósito, ¿hacemos un alto en nuestro trabajo y bebemos un Martini? Por favor, hágalos usted, el mío seco.

—Payasadas. Sólo se le ocurren payasadas.

—Pero no me negará que son ingeniosas.

—Usted es un ser poco inteligente.

—Las mujeres no opinan lo mismo que usted, amigo. Y estoy dispuesto a demostrárselo. Ahora mismo cito a una pelirroja y a una rubia y nos vamos los cuatro de juerga.

—No me interesa.

—Le interesará cuando vea a la rubia platino. Es algo sensacional, noventa y tres de busto. Se la dejo para usted. Y eso prueba que no soy envidioso.

Lefevre estaba retrocediendo porque el asesino continuaba avanzando hacia él.

Pero ya no pudo retroceder más porque encontró la pared.

Entonces se arrojó de cabeza sobre su enemigo.

Le pegó un testarazo en el vientre, pero Paul creyó que se rompía la cabeza porque el vientre de su rival no era blando como el de los demás hombres, sino esponjoso al principio y luego duro como el acero.

No llegó a perder el conocimiento, pero quedó atontado. A pesar de eso, se dio impulso para alejarse lo más posible del asesino. Luego se levantó y lo vio venir otra vez.

—¿De qué infiernos está hecho?

—No es asunto suyo.

—¡Claro que es asunto mío, puesto que me va a matar!

Paul retrocedió de nuevo hacia la pared. Allí había un adorno especial, dos espadas sobre una panoplia.

Paul tomó una de ellas y se arrojó hacia adelante en el momento en que su enemigo también saltaba sobre él para hundirle el puñal en el cuerpo.

El arma de Paul era más larga y llegó más pronto a su objetivo, el cuello de su enemigo. Ocurrió algo insólito. La espada decapitó a aquel extraño ser de un solo tajo.

La cabeza rodó por el suelo y del cuello no salió sangre, pero se produjo un chisporroteo.

Lo que quedaba del asesino siguió en pie y de su cuello siguió brotando llamaradas y humo y de pronto cayó hacia atrás.

Paul lo contemplaba todo asombrado.

El cuerpo del asesino quedó en el suelo, sin el menor movimiento.

Paul dio un suspiro y dejó caer la espada.

Entonces se abrió la puerta y el comisario entró seguido por dos inspectores, uno de los cuales era René.

Los tres se detuvieron al ver la cabeza sobre la alfombra.

—¡Comisario, una cabeza! —exclamó René.

—Sé que es una cabeza.

—Y mire la espada a los pies de Paul Lefevre. El lo decapitó.

Paul hizo un gesto afirmativo.

—Sí, caballeros. Yo soy el verdugo.

Pierre Martin estalló:

—¡Maldita sea, Paul! ¡Nunca debía permitir que siguieses en este asunto!

—Comisario, observe el cuello del bicho a quien decapité.

René, el inspector, exclamó:

—¡Y encima llama bicho a su víctima!

El comisario estaba inclinado sobre el cuerpo que Paul había dejado sin cabeza.

—Dios mío, no puede ser.

—Puede ser, jefe. Es un robot.

—Un robot —repitió el comisario.

—Y le puedo asegurar que es lo más perfecto que he visto en mi vida. Debe tener una computadora en el lugar donde nosotros tenemos el pecho y el estómago. Eso le permitía sostener una conversación normal con cualquier persona. Yo preguntaba y él respondía, y hasta se permitía el lujo de seguir la conversación cuando había pausas.

El comisario se pasó una mano por la cara.

—Esto parece una pesadilla, Paul.

—No lo es, comisario.

—Entonces, él asesinó a Danielle Duval y a Yvette Noissier.

—Diga mejor que este robot fue el arma que alguien utilizó para retirar a las muchachas de la circulación.

Martha empezó a volver en sí.

Paul la ayudó a levantarse.

—Paul, ¿eres tú?

—Sí, nena, soy yo.

—¿Ya nos mató?

—Todavía estamos vivos.

—¿Quieres decir que se fue?

—No, está aquí. —Paul le señaló el cuerpo sin cabeza.

Martha lanzó otro grito.

—¡Lo decapitaste, Paul! Lograste matarlo. Oh, Paul, eres maravilloso —le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca.

El comisario dijo con tristeza:

—Esto es lo que Paul Lefevre consigue siempre, que las mujeres se enamoren de él.

Paul apartó de sí a Martha.

—Nena, las efusiones para más tarde. El asesino era un robot.

—¿Un qué?

—Un robot.

—¡Oh, no!

—Sí, Martha y eso explica que mis balas no le hiciesen daño. Sólo nos salvamos gracias a que tú tenías dos espadas como adorno en el *living* y pude atrapar una. Puedes mirar el cuello del fulano, si es que se puede llamar así.

—¡No!

—Oye, no vas a ver una sola gota de sangre. Sólo cables.

Martha miró entonces el cuello del asesino.

—¡Dios mío, es verdad!

—Tú eres la única mujer que se salvó de este bicho, y eso se lo debes a Paul Lefevre.

—Cuánto te quiero, Paul.

—Te dije que las efusiones luego. Ahora quiero las declaraciones.

Pierre Martin intervino:

—Sí, señorita Falconelli.

Paul lo miró.

—De modo que ya sabe que es Juliette Falconelli.

—¿Por qué crees que estamos aquí, Paul?

—Oh, sí, estoy un poco aturdido. No todos los días mato a un robot, jefe.

—¡Señorita Falconelli! —exclamó Pierre Martin—. Estamos esperando que nos lo cuente todo. ¿Por qué este robot quiso matarla?

La joven apretó los labios.

Paul la rodeó por la cintura y la atrajo nuevamente hacia sí.

—Martha...

—Soy Juliette.

—Prefiero seguir llamándote Martha. El robot está liquidado, pero habrán más.

—¡No!

—Te guste o no, es así, y tendrías que haber oído al robot cuando me dijo cierta cosa. Avisaba de antemano la muerte de sus víctimas porque hubiese pasado por un triple cordón de policías... Y apuesto que entró por la puerta porque quiso impresionarte. Y podrá entrar por la chimenea o por cualquier ventana porque tendrá facilidad para trepar por las paredes. Teniendo todo esto en cuenta, sólo hay una forma de salvarte. Dar con la persona que maneja el robot. Así el comisario Martin y yo conseguiremos que sigas viviendo.

—Está bien. Hablaré.

—¿Qué pasó en Ginebra cuando tú y las otras cuatro chicas del comando conseguisteis los doscientos millones de antiguos francos?

—Nos pusimos de acuerdo.

—Para quedaros con el botín.

—Sí, Paul, pero teníamos una justificación. Nos llegaron noticias de Argelia de que todo estaba perdido. Hasta entonces mis cuatro amigas y yo, el comando completo, había actuado en favor de la O. A. S.

Habíamos proporcionado ingresos por valor de mil millones de francos en unos años de actuación, pero la causa sería independiente y los franceses que nos encontrábamos en suelo argelino tendríamos que emigrar para salvar la vida.

—Y pensasteis en vuestro futuro.

—Así fue, Paul. Decidimos que esos doscientos millones de antiguos francos irían a parar a los bolsillos de algunos jefes. Nosotros teníamos más derecho al dinero que nadie.

—Un momento. ¿A quién se le ocurrió la idea?

—La verdad es que todas la teníamos en mente.

—Pero alguien la lanzaría.

—Danielle fue la que se decidió a exponerla, pero enseguida encontró el apoyo de las otras cuatro.

—¿Qué hicisteis con el dinero?

—Cada una de nosotras se reservó diez millones de antiguos francos y los ciento cincuenta millones restantes fueron depositados en el Banco Comercial. La cuenta estaba a nombre de las cinco.

—O sea que se necesitaría la firma de las cinco para retirar fondos.

—Eso es, Paul.

—¿Retirasteis algo con posterioridad?

—Nada.

—¿Qué pasaba si una de vosotras moría? Aunque creo que puedo dar la respuesta. Las otras cuatro la heredaban.

—Sí.

—Y si morían cuatro, sólo habría una heredera.

—Desde luego.

—El nombre actual de Rose Gabin es Margot Dupont. ¿Sigue en Londres?

—Sí.

—¿Cuál es su dirección?

—Calle Newgate, 383.

El comisario hizo una señal a René y éste marcó un número en el teléfono. Dijo quién era y a continuación agregó:

—El comisario Pierre Martin necesita ponerse en contacto con Margot Dupont, Newgate 382, Londres. Rápido, esto es preferente a cualquier cosa.

Esperó con el teléfono en la mano durante un minuto.

—¿Cómo...? Gracias... De acuerdo... miró al comisario. — Margot Dupont murió en un accidente de tráfico hace dos meses. El automóvil que acabó con ella se dio a la fuga.

CAPÍTULO XIV

Jacques Ronet entró en el laboratorio.

Delante de una computadora había un hombre de unos sesenta años, de cabello blanco, que defendía sus ojos con lentes de alta graduación.

—¿Qué noticias tiene, doctor Renoir? —sonrió Jacques.

—Malas.

—¿Cómo? —Jacques borró la sonrisa.

—He perdido contacto.

—¿Con quién?

—Con el número uno.

—No puede ser.

—Sí, señor Ronet. Perdí el contacto. Fue súbito. Todo estaba funcionando a las mil maravillas. El número uno estaba dialogando con Paul Lefevre.

—¿Qué tenía que dialogar?

—Usted sabe que el número uno podía sostener una conversación normal.

—¡No necesitaba conversar con Paul Lefevre! ¡Eso es culpa suya, doctor! ¡Ya le dije que no podíamos perder el tiempo!

—Usted no entiende, señor Ronet.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—Mi ciencia, señor Ronet.

—Oiga, doctor. Yo lo admiro mucho. Es usted un gran científico. Ha conseguido algo fabuloso, crear un hombre que se parece a los demás, pero yo soy su socio industrial y acordamos que sacaríamos un beneficio de lo que saliese de su cerebro.

—Lo vamos a sacar.

—Pero no puedo consentir un solo fallo y ya se está produciendo. Nunca debió consentir que el número uno dejase aquella mitad de la fotografía.

—Corregiré todos los fallos.

—Pero hay fallos que no se pueden corregir.

—El número uno ha matado a Lefevre.

—Suponga que no lo ha matado.

—No puedo admitirlo.

—Suponga que Lefevre ha conseguido anular el poder del número uno.

El doctor se quedó unos instantes pensativo.

—No, no puedo aceptar eso.

—¿Tiene preparado al número dos?

—Sí.

—Pues láncelo.

—Necesito tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Al menos dos horas.

Jacques se dirigió al fondo de la estancia. Allí había un cajón. Dentro había un muñeco lo más parecido a un ser humano. Estaba inmóvil.

El doctor corrió hacia allí.

—¿Qué hace, señor Ronet?

—¡Quiero que ponga en marcha el número dos! Debo preocuparme por el buen éxito de nuestra empresa, doctor.

—Estoy tratando de saber lo qué le pasó al número uno.

—Ya no nos importa lo que le pudo pasar.

—¿Es que no se da cuenta, señor Ronet? Si el número uno necesita mi ayuda, debo prestársela.

—El número uno puede estar muerto.

—¡No diga eso!... ¡No lo diga!

—Tenemos que admitirlo desde el momento en que usted ha interrumpido el contacto con él.

—¡Es mi hijo!... ¡Es mi hijo!

—No diga tonterías.

—¡A él no le puede pasar nada!... ¡No puedo consentir que le hagan daño!

—Doctor, vuelva a la realidad. ¡Sólo son muñecos!

—¿Qué dice?

—¡Muñecos! O si lo prefiere, robots.

—¡Son seres con vida! Yo se la di. Fui su creador, ¿lo entiende?

Jacques apretó los dientes rabioso.

—¿Qué espera, doctor? ¿Qué le llamen padre? ¿Por qué no pone los pies sobre la tierra? Le dije que usted y yo, juntos, podríamos convertirnos en los seres más poderosos del planeta. Para eso necesitamos dinero. Le conté de qué forma nos íbamos a apoderar de cierto botín que está depositado en un Banco suizo, ¿lo recuerda, doctor? Con ese dinero usted podrá construir cincuenta, cien muñecos.

—¡No los llames muñecos!

—Está bien, doctor. ¿Cómo quiere que los llame?

—Son criaturas como usted.

—Con una diferencia, doctor. ¡No sienten!

—¡No sienten y por eso son mucho más perfectos que usted!

—De acuerdo, doctor, de acuerdo. Pero póngase a trabajar en el número dos antes de que sea demasiado tarde.

—Lo pondré en marcha.

—Así se habla, doctor —sonrió otra vez Jacques.

Jeanne Poitier se estaba pintando las uñas en su apartamento cuando sonó el timbre de la puerta.

—Espere un momento.

Con mucho cuidado se acercó a la puerta y la abrió. Al otro lado vio a Paul Lefevre.

—Hola, Jeanne —la saludó el periodista y entró en el apartamento.

—Lo siento, pero no puedo atenderlo ahora.

—Ya entiendo, se está pintando las uñas.

—No se trata de eso. Voy a salir.

—¿Con quién?

—¿Le importa a usted?

—Claro que me importa. Pensé que desde que me vio se prendó de mí.

—Repita eso.

—Que no habría lugar para otro hombre en su vida.

—¿Está bien de la cabeza, señor Lefevre?

—Mírese en el espejo y de paso míreme a mí.

—¿Y qué?

—Formamos la mejor pareja, Jeanne.

—Decididamente, está chiflado.

El la cogió por los brazos.

—Jeanne, me he enamorado de usted.

Luego la besó en los labios.

Ella le pegó una patada en la espinilla y Paul saltó dando un chillido.

—Eh, Jeanne, ¿qué modales son éstos para agradecer mi gesto amoroso?

—Guárdese sus gestos amorosos para quien los necesite.

—¿No los necesita usted?

—¡No!

—Está bien. Me falló.

—¡Lárguese!

—Trataré de conquistarla de otra forma.

—No me va a conquistar de ninguna manera, señor Lefevre. Usted no es mi tipo.

—Demonios, es la primera vez que una mujer me dice eso.

—Pues ya era hora de que se lo dijese alguien. Y celebro haber sido yo.

—Jeanne, no tiene más remedio que aceptarme o informaré a la policía del asunto de Ginebra.

Jeanne se echó a reír.

—Confieso que usted es muy divertido, Paul.

—Gracias.

—Me faltó agregar que es tan divertido como un niño.

—¿Eso es lo que le parezco, mamaíta?

—Ya le he dicho que vendrán por mí y no quiero que lo sorprendan en mi apartamento.

—Muy bien. Me iré a charlar un rato con el comisario Martin. Ya sabe, el que se encarga de resolver los asesinatos de Danielle y de Yvette. Le diré todo lo que sé. Que ustedes cinco se pusieron de acuerdo para quedarse con el botín. Que depositaron el dinero en el Banco Comercial Suizo y que, cada vez que una de ustedes muere, las supervivientes la heredan.

Paul ya estaba con la mano en el tirador de la puerta porque había estado hablando mientras caminaba.

—¡Espere, Paul! —gritó Jeanne, cuyo rostro había perdido el color.

—¿No ha dicho que me marche?

—He dicho que espere.

—Pero de un momento a otro va a llegar su hombre y no quiere que me sorprenda en su compañía.

—Olvídelo.

—¿Ahora lo tengo que olvidar?

—Usted ha dicho cosas muy interesantes, Paul.

—¿Me ofrece un *whisky*?

—Claro, no faltaba más. Sírvaselo usted mismo.

Paul se dirigió al mueble bar.

—¿Otro para usted, Jeanne?

—No bebo a estar horas, con el estómago vacío.

Paul se escanció una buena ración de *whisky*. Notó que Jeanne lo estaba observando atentamente.

—¿La sorprendí con mis noticias, Jeanne?

—Debo admitir que me sorprendió mucho. ¿Quién, le contó todo eso?

—Su secretaria.

—¿Martha? No espere que me lo crea.

—Juliette Falconelli.

Los ojos de Jeanne despidieron chispas.

—¿Qué hizo con ella, Paul?

—Nada.

—¿La emborrachó?

—Yo no hago eso con una mujer para sonsacarla.

—Así que esa perra se lo contó.

Paul chasqueó la lengua.

—No debe tratar así a una antigua compañera, amor.

—Era un secreto.

—Un secreto que le iba a usted muy bien.

—¿Por qué dice eso?

—Porque está despachando a sus compañeras para quedarse con todo el dinero que hay en el Banco Suizo. Empezó por Margot Dupont.

—¿Margot Dupont?

—Rose Gabin si quiere oír su nombre de batalla, que era el verdadero. La asesinaron en Londres hace dos meses. Supuestamente, fue un accidente de circulación, pero usted y yo sabemos que fue despachada a la orden.

—Hace mucho tiempo que no tenía noticias de Rose.

—¿Y tampoco sabía su muerte?

—Claro que no.

—Soy yo ahora quien no la cree a usted, Jeanne.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Jacques Ronet.

CAPÍTULO XV

—Buenas noches, Lefevre.

—Ah, hola, Jacques. Se retrasó un poco.

—¿Usted cree?

—Tenía muchas ganas de verle desde la última vez que lo visité. Pensé que no era necesario ir a su casa, ahora todo está completo.

—¿Todo? ¿A qué se refiere?

—Al equipo de la

O. A. S.

—¿Otra vez con eso, Lefevre? Usted es un hombre de ideas fijas.

—Lo reconozco.

—Hay temas más importantes que ocuparse de la

O. A. S.

—Lo mismo me dijeron sus matones.

—No sé de qué me habla.

—De Michel y de Julien. Tuve que defuncionarlos porque ellos se empeñaron en quitarme mis siete vidas.

—Celebro que se compare con un gato. Eso es usted, Lefevre. Un gato maullador.

Paul rió aquellas palabras y bebió un trago de *whisky*.

—Jacques —dijo—, ¿cuándo llegó usted a un acuerdo con Jeanne?

—¿A qué acuerdo se refiere?

—Vamos, hombre, no tiene por qué disimular conmigo. Ya todo quedó claro. Lo dije antes. Ustedes juegan en el mismo equipo. ¿Por qué? Por apoderarse de los ciento cincuenta millones de antiguos francos que están en Suiza.

Jeanne intervino.

—Lo sabe todo, Jacques. Hizo cantar a Juliette.

—¿Y tú te lo has creído, estúpida?

—¿Por qué no habría de creérmelo? Me amenazó con ir a

contárselo al comisario y yo lo retuve. Es eso lo que me debes agradecer, que él esté aquí.

—Estúpida, Juliette está muerta.

Paul dejó oír su voz.

—El estúpido es usted, Jacques porque Juliette no está muerta. Yo la salvé del robot.

—¿De quién?

—Del robot.

Jacques arrugó el ceño.

—Voy a suponer que dice la verdad. ¿Cómo lo consiguió?

—Le disparé muchos tiros.

—Las balas no pueden contra él. Está fanfarroneando, Lefevre.

—Al principio les disparé balas, pero no sirvieron, como usted dice.

—¿Entonces?

—Juliette, alias Martha, tenía un bonito juego de espadas en la pared. Agarré una y decapité a su robot.

Jacques endureció el rostro.

—Bravo, periodista. Logró algo que yo no podía imaginar.

—¿Tampoco lo pudo imaginar el científico que trabaja para usted? ¿Quién es, Jacques?

Jacques recuperó su buen humor.

—Siempre he dicho que los periodistas hacen preguntas tontas.

—¿No me va a responder?

—Desde luego que no.

—Entonces tendré que sacarle las respuestas a tortazo limpio —dijo Paul y sacó una pistola.

Jacques miró el arma y dijo:

—Guarde eso.

—No, Jacques.

—Tendrá una parte.

—¿Una parte de qué? ¿Del botín de Ginebra?

—Es algo más que eso.

—Explíquese.

—Será uno de los dueños del mundo.

—Me tiemblan las piernas, Jacques. ¿Yo uno de los amos del mundo?

—Así es.

—No me interesa. Sólo quiero ser el dueño de mí mismo. Hago lo que quiero respetando al prójimo.

—¿Quién es el prójimo?

—Lamento que no conozca el sentido de esa palabra.

—Claro que lo sé. El prójimo son los demás, pero a mí no me inspiran ningún respeto. Ellos son los débiles y yo soy el fuerte.

—Eh, que se deja a Jeanne.

—Ella también será fuerte.

La rubia sonrió.

—Nos casaremos.

—Estupendo, Jacques. ¿Me traspasa a Susanne?

—Los muertos no necesitan una mujer.

—Todo lo contrario. Es cuando más la necesitan para no estar solos.

—Entonces quizá me anime a servírsela en el ataúd.

—Me lo voy a cargar, Jacques.

—¿Así como así?

—Así como así. Luego seguiré investigando.

De pronto Paul recibió un golpe en la clavícula.

Cayó de rodillas mientras soltaba el arma. Volvió la cabeza y se quedó perplejo al ver a un hombre con gafas oscuras, sombrero, abrigo y guantes negros.

Jacques preguntó riendo:

—¿No dijo usted que lo había matado, Paul?

—Claro que lo maté. Y éste es otro. Se parecen como dos gotas de agua, pero son distintos y eso quiere decir que su sabio lo fabricó con el mismo molde.

—Fabricaremos todos los que queramos.

—¿Quién es él?

—El doctor Maurice Renoir, un genio de la Cibernética.

—¿Cómo se hizo con él, Jacques?

—Maurice estaba resentido contra el Gobierno francés. Les ofreció sus proyectos y todo el mundo se rió de él. Yo hice todo lo contrario, lo alenté. Empezó por fabricarme las máquinas tragaperra, pero eso le dejaba mucho tiempo libre para seguir adelante con sus planes. Y así creó el robot que usted ve.

—Enhorabuena, Jacques. Pero no logrará su propósito.

—Voy a tener el dinero que necesito para la fabricación en serie

del robot. Con el dinero de Jeanne montaremos el complejo industrial en un lugar solitario en Bretaña... Supuestamente, fabricaremos otras cosas, como mis máquinas tragaperras, pero realmente se construirán allí nuestros famosos muñecos.

—Eso es un sueño.

—Una realidad.

—Antes de eso, usted las pagará todas juntas y Jeanne también porque es una cómplice de usted.

Jacques sacó un pequeño transmisor de bolsillo.

—Doctor Renoir, ¿lo está escuchando todo?

—Desde luego —respondió una voz.

—Apriete el botón para que el número dos liquide a Paul Lefevre. No quiero más complicaciones. Recuérdelo.

—Orden recibida. Ahora lo pongo en marcha.

—Corto —contestó Jacques y guardó el transmisor.

Paul rodó para apoderarse de la pistola, pero el robot le pegó un puntapié en los riñones.

El periodista salió impulsado como una pelota. Fue a estrellar las espaldas contra una mesa.

Jacques soltó una carcajada.

—Es demasiado enemigo para usted, Lefevre.

Paul se levantó.

Aquel robot ya se había puesto en marcha hacia él. Tenía el cuchillo en la diestra.

Jeanne habló a Jacques.

—¿Quieres un *whisky* mientras hacen el número?

—Sí, querida.

La puerta se abrió de golpe y entraron dos inspectores con las pistolas en la mano.

Sin detenerse, empezaron a disparar contra el robot, pero éste recibió las balas sin retroceder un paso en su camino hacia Paul.

El comisario también entró en la estancia. Llevaba una espada en la mano.

—¡Démela ya, comisario! —gritó Paul.

Martin arrojó la espada, que Paul atrapó por la empuñadura.

El robot estaba encima de Lefevre. Éste pegó un salto evitando ser traspasado por el cuchillo y, cuando ponía los pies en el suelo, decapitó al robot.

La cabeza del muñeco rodó por la alfombra.

Jacques lanzó un aullido como si él hubiese sufrido la herida y sacó una pistola.

Uno de los inspectores, René, disparó contra él.

Jacques no era ningún robot y recibió las balas en el pecho y se derrumbó en el suelo.

Jeanne miraba con ojos llenos de ira a Paul.

—¡Idiota! Pudiste estar con nosotros, con los dominadores.

—¿Qué dominadores? Habéis perdido.

—Contigo habríamos ganado.

—Y con el doctor Renoir. ¿Dónde está?

—No te lo diré.

Paul se acercó al cadáver de Jacques y le sacó el transmisor.

—¿Doctor Renoir?

—¿Qué pasa ahí? —Oyó una voz.

—Su muñeco necesita sus cuidados urgentes. Algo le falló.

—¡Ahora mismo voy!... ¡Pobre hijo mío!... ¡Ahora mismo voy!

Paul dio un suspiro.

—Comisario, ahí viene un loco.

—Tendré preparada la camisa de fuerza.

—No creo que sea tan peligroso. Sólo lo eran las criaturas que se sacaba de la manga.

Paul se acercó al comisario Martin y le dio una palmada en la espalda.

—Ya lo sabe, comisario. La próxima vez que necesite ayuda...

Pierre miró a Paul con un solo ojo porque cerró el otro.

—Pásate mañana por la oficina para firmar papeles, superhombre.

—Oh, no, jefe. No me diga eso. Los superhombres mueren decapitados y yo quiero conservar la cabeza sobre los hombros.

Sonó el timbre de la puerta y Martha acudió a abrir.

Sintió un estremecimiento.

Al otro lado vio al empleado de una floristería con un ramo de rosas rojas.

—¿Señorita Falconelli?

—Sí.

—Es para usted.

La joven recibió el ramo y entregó al botones un franco de

propina.

El empleado se marchó y Martha cerró la puerta.

La tarjeta estaba metida en un sobre cerrado. Dejó caer las rosas en el suelo.

Rasgó el sobre y extrajo la tarjeta. En ella leyó:

«Pasaré a besarte a las 9»

Sonó otra vez el timbre y abrió la puerta.

Era Paul quien, sonriente, dijo:

—Ya dieron las nueve, nena.

Atrapó a la joven por los brazos y la besó en la boca y, entonces, ella levantó las manos y colaboró en el beso apasionadamente.

FIN



6.000
NOVELAS DEL OESTE,
MILLONES DE LECTORES
DE LENGUA HISPANA,
MÚLTIPLES TRADUCCIONES
Y VARIAS ADAPTACIONES
CINEMATOGRAFICAS...



son claro exponente del éxito
sin precedentes alcanzado por
las colecciones populares de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.



